

1-1-2011

El concepto de valor y moral en Federico Nietzsche

Josè Luis Sierra Fernández
Universidad de La Salle, Bogotá

Follow this and additional works at: https://ciencia.lasalle.edu.co/filosofia_letras

Citación recomendada

Sierra Fernández, J. L. (2011). El concepto de valor y moral en Federico Nietzsche. Retrieved from https://ciencia.lasalle.edu.co/filosofia_letras/319

This Trabajo de grado - Pregrado is brought to you for free and open access by the Facultad de Filosofía y Humanidades at Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in Filosofía y Letras by an authorized administrator of Ciencia Unisalle. For more information, please contact ciencia@lasalle.edu.co.



UNIVERSIDAD DE LA SALLE

FACULTAD DE FILOSOFIA Y HUMANIDADES

EL CONCEPTO DE VALOR Y MORAL EN FEDERICO NIETZSCHE.

Monografía para optar al título de Licenciado en filosofía y letras.

Autor: José Luis Sierra Fernandez.

Febrero de 2011.

Nota de aceptación

Presidente del jurado

Jurado

Jurado

AGRADECIMIENTOS

Tengo que confesar aunque suene paradójico que debo agradecer a Dios especialmente aunque tengan en frente una tesis de un autor atípico a mi creencia ascética y religiosa.

Merecidamente a mi familia que durante el transcurso de la carrera, siempre me ofreció el apoyo y compañía para seguir adelante y me ha entregado todo su legado y sus creencias, herencia más importante que cualquier bien material.

Ostensiblemente a mi compañera, amiga, confidente y una de las personas responsables para que llegara a esta última etapa de mi proceso universitario ella es Viviana Martínez siempre se encontrara en un lugar muy especial de mi mente gracias a que ya hace mucho se encuentra en mi corazón.

Ratificar el apoyo brindado por mí tutora de tesis Lida villa ya que me enseñó que a veces es más importante la calidad humana que los títulos que se obtengan sin ceder y dejar de lado la sobriedad, respeto y dedicación que la caracterizan.

Indiscutiblemente al decano de la facultad de filosofía y letras Dr. Carlos Marín por alentar este proceso y por la sapiencia demostrada en mí corto pero interesante y sobrio discurrir con él.

CONTENIDO

| | Pág. |
|----------------------------------------------------------------------------------|-----------|
| OBJETIVOS | 7 |
| INTRODUCCION | 8 |
| CAPITULO I | 15 |
| ESE GRAN INTERROGANTE “LA MORAL” | |
| 1.1 UNA APROXIMACION AL CONCEPTO DE MORAL | 15 |
| 1.2 ETIMOLOGIA E INICIO DE LA REFLEXION FILOSOFICA SOBRE EL CONCEPTO DE VALOR | 12 |
| 1.3 EL CONCEPTO DE MORAL EN NIETZSCHE | 17 |
| 1.4 MORAL Y VERDAD | 18 |
| 1.4.1 Moral cristiana | 19 |
| 1.4.2 Aurora, comienzo del nuevo día | 20 |
| 1.4.3 Como se llega a ser lo que se es | 21 |
| 1.4.3.1 Medio de interpretación | 22 |
| CAPITULO II | 27 |
| LINAJE DE LA MORAL | |
| 2.1 ORIGEN DE LOS VALORES MORALES | 32 |
| 2.2 DESCONFIANZA Y DESPRENDIMIENTO DE LO ESTABLECIDO | 34 |
| 2.2.1 ¿Cuál es el valor del valor? | 35 |
| 2.2.2 Espíritu histórico | 37 |
| 2.3 INVENTO DE LOS FUERTES Y LIBRES | 39 |
| 2.4 ORIGEN DE LOS CONCEPTOS BUENO Y MALO | 41 |

| | |
|----------------------------------------------|----|
| CAPITULO III | 44 |
| DEMOLICIÓN DEL SISTEMA AXIOLÓGICO | |
| 3.1 ASTUCIA Y ENGAÑO | 49 |
| 3.1.1 Venganza contra el mundo | 57 |
| 3.1.2 Rebelión de los esclavos | 59 |
| 3.2 PROCESO Y CREACIÓN DE LA MALA CONCIENCIA | 60 |
| 3.2.1 Memoria y olvido | 62 |
| 3.2.2 Sentimiento de culpa | 64 |
| 3.2.3 La justicia | 65 |
| 3.2.4 Mala conciencia | 66 |
| 3.3 IDEAL ASCÉTICO | 68 |
| CAPITULO IV | 72 |
| VALOR Y VALORACIÓN | |
| 4.1 VOLUNTAD DE PODER | 77 |
| CONCLUSIONES | 82 |
| BIBLIOGRAFÍA BASICA | 88 |
| BIBLIOGRAFÍA COMPLEMENTARIA | 89 |

OBJETIVOS

OBJETIVO GENERAL

1. Analizar la concepción de valor y moral en Federico Nietzsche.

OBJETIVOS ESPECÍFICOS

- 1.1. Comprender el origen de los valores morales a la luz de la reflexión filosófica.
- 1.2. Interpretar el sistema axiológico mediante los conceptos de Voluntad de poder y súper hombre.

INTRODUCCION



El presente trabajo se propone analizar el contenido de *La Genealogía de la Moral* de Federico Nietzsche, quien hace un profundo recorrido filológico y genealógico por todo el proceso histórico humano en el cual se inventaron los conceptos con los cuales se valora la vida y todo lo que está en relación con ella, y en el cual con su particular método genealógico muestra cómo nacieron

los juicios valorativos y cuales fueron las circunstancias en que se desarrollaron; y a la vez ver cómo más adelante se fueron cambiando dichos valores hasta llegar a ignorar el origen auténtico y establecer los nuevos valores como verdaderos y absolutos.

Con el análisis de la obra de Nietzsche quiero adquirir un conocimiento más profundo sobre su pensar y su sentir calcados en las palabras y conceptos que él

escribió como queriendo transmitir todo un caudal de sentimientos, que parecen mezclados, entre angustias, sufrimientos, deseos, tristezas, derrotas, alegrías y triunfos que transparentan el sentir más auténtico de un alma humana que se agita en el mismo ímpetu rebosante de la vida.

En todo el recorrido histórico, hecho en su genealogía, se nota un gran afán, un angustioso deseo de transmitir, de dar a conocer algo, como si hubiese encontrado sorpresivamente un tesoro muy valioso y quisiera gritar, pero a la vez siente el deseo de ser discreto, pues no está bien que todos se den cuenta de su hallazgo. El descubrir y conocer un poco más de cerca todo lo que quiere manifestar, y además descubrir todo el sentir que hay detrás de lo que manifiesta, es una tarea muy dispendiosa y tal vez muy pretenciosa, pero lo único que quiero y pretendo en tal descubrir es que mediante este análisis pueda lograr un desvelamiento del concepto que él tiene de los valores en su relación directa con la moral, para con ello poder comprender lo que él entendió y concibió como la valoración de la vida que estimula y fortalece la voluntad de poder, mediante la cual se debe crear y construir una nueva humanidad, demasiado humana, meramente humana.

Así pues, nuestra empresa se detiene y se centra, entre las múltiples posibilidades que se podrían contemplar dentro de este análisis, en el buscar claridad sobre su concepción de valor y moral, distinguiendo la diferenciación que hace entre moral y valoraciones que debilitan y destruyen la voluntad de vida o voluntad de poder, y aquella moral y valoraciones que alimentan y fortalecen dicha voluntad. Y teniendo claridad sobre toda la argumentación en la que se basa para hacer tal distinción comprender lo que entendió como voluntad de poder como esa fuerza interior propia de la naturaleza humana de la que él mismo se valió para superar su propia decadencia, dando ejemplo vivo de su propia doctrina.

Para alcanzar tales propósitos encontraremos un primer capítulo de acercamiento a la etimología y posible definición de la ética, la moral y el valor, seguido inmediatamente por una aproximación al concepto que de ello tiene Nietzsche, mediante una presentación ligera de su pensamiento y de su obra, con lo cual nos vamos adentrando, -siguiendo su propio "ritmo de ida y regreso" de su espíritu en el que desenvuelve su pensar-, propiamente en el sentido de su filosofía que se adelanta como en anuncios que poco a poco van siendo profundizados más explícitamente, llegando a una ubicación y presentación de algunas de las características del otro actor que asume el papel de acusado, a saber: la cultura judeo-cristiana.

Luego en el segundo capítulo, mediante una pequeña invitación del autor, en la que resume su principal deseo al realizar su trabajo de psicólogo de la moral, nos introducimos propiamente en el desarrollo histórico-genealógico que hace del origen auténtico del proceso de establecimiento de la moral, en el que se muestra cómo empezó su trabajo y los motivos que lo indujeron a dudar de lo ya establecido, duda que lo fue guiando hasta lo subterráneo y profundo de las bases sobre las que se alzaba el imponente “edificio” de la institucionalidad moral tenida por verdadera y absoluta.

Esa duda o desconfianza orientó su investigación silenciosa con la que descubrió el origen auténtico del proceder moral del hombre, dándose cuenta que en todo el proceso histórico siempre hubo una lucha en la que se distinguen dos poderes: uno que busca y defiende lo poderoso y saludable; y otro que impone el temor como sumisión y empobrecimiento. Lucha en la cual resulta vencedor el segundo poder que aprovechó lo que ya había construido su rival vencido para construir todas sus estrategias de sometimiento como impulsado por un sentimiento de venganza.

Al desvelar todo este proceso de la lucha de la humanidad propone un nuevo rumbo por el que debe seguir el hombre para alcanzar su máxima realización y libertad, la cual debe empezar a construir sobre las ruinas de la anterior lucha que ya llega a su final permitiendo la creación de algo más grandioso y superior.

Finalmente es de aclarar que este ejercicio interpretativo resulta bastante dispendioso pues su mismo método exige rigurosidad y especial atención ya que en ese jugar de ida y regreso, en su mismo pensamiento, que constantemente realiza en todo el contenido de su obra, puede haber confusiones, pues parece que escribiera en dos momentos: en un primer momento para sí mismo; y en un segundo momento para quien lo lee, permitiéndose un pasear cronológico en el que se proyecta al futuro y regresa hasta el pasado remoto sin perder de vista su ubicación presente.

Igualmente exige gran atención en su característica ironía con la que pareciera estar afirmando algo cuando en realidad lo está negando, o viceversa. Y a lo cual es de sumársele algunas interpretaciones hechas un tanto en contravía de su pensamiento original, y en lo cual es necesario tener en cuenta, (en su lectura), el carácter aforístico dado siempre como inventario, aunque en su Genealogía dicho carácter es más amplio y explícito. A la vez la profundidad de su pensamiento y

lo espinoso del tema mismo, en determinado momento podría resultar muy sugestivo, que tal vez genere ciertos choques internos muy personales, y que en cierto modo pueden terminar siendo un obstáculo en la objetividad interpretativa.

En este trabajo me centro particularmente en *La Genealogía de la Moral*, de Nietzsche, sin embargo se hallarán referencias constantes a otras obras suyas y de algunos de los autores más relevantes que han escrito sobre él, pero como no es mi interés aquí ni profundizar, ni polemizar sus contenidos, sólo serán referenciadas como ayuda en la claridad y mejor comprensión del tema que nos ocupa y a la vez como una invitación que busca, implícitamente, motivar y sembrar la inquietud de profundizar en el estudio de este polémico tema y de su controvertido autor.

La crisis de valores presentada por Nietzsche en *Así Hablo Zaratustra* nos lleva a criticar el pensamiento cristiano el cual basaba toda su moral en una vivencia espiritual, es decir en Dios. Tal vez Dios le sirva al hombre para acrecentar su voluntad, pero esta la voluntad no lo lleva a actuar conforme a su vida individual pues siempre está regido por un “debes” con lo cual está siempre condicionado.

El problema de los valores ha sido causa de preocupación en todas las épocas y en diferentes medios culturales, la razón fundamental de esta preocupación se

debe a como situarse ante el problema de los valores, es situarse igualmente ante el problema del sentido último del hombre.

En la actualidad se viene insistiendo de manera especial sobre los valores, sobre su sistematización o jerarquización.

El tema se concreta en que nuestra sociedad padece de crisis de valores. Sin embargo, el problema de esta crisis no es exclusivo de nuestro tiempo. Ortega y Gasset afirmaba a comienzos del siglo “la crisis de valores no es un hecho reciente ni caracteriza siempre nuestra evolución histórica, porque no existe progreso lineal dentro de la historia, la historia es discontinuada”. (Ortega y Gasset, 1941, 25)

En todo caso, se habla de crisis de valores como si los valores, o algunos de ellos, hubieran dejado de existir y dependieran solo de la subjetividad de los hombres.

Muchos llegan a pensar que no existen valores permanentes que todos varían o se jerarquizan de modo diferente según la moda.

Los valores rígidos y absolutos heredados del pasado parecen anacrónicos para el mundo de hoy, que posee una cultura cada vez más científica y relativista.

Sin embargo, el individuo moderno está asediado por una gran cantidad de valores divergentes y contradictorios. Hoy no es posible adoptar el sistema de valores de nuestros antepasados y vivir sin cuestionar o analizar la índole de sus supuestos.

Esto produce incertidumbre y confusión, al mismo tiempo que un aumento de interés en la búsqueda de un enfoque significativo de los valores que puedan funcionar en nuestro mundo actual.

Lo que hemos constatado hasta ahora permite afirmar que la crisis de valores no es sino la crisis de las valoraciones. La crisis es nuestra, no de los valores pues estos no existen sin el hombre.

El centro, el lugar de los valores es el hombre concreto que existe con las demás en el mundo, para realizar su propia existencia y a este hombre no le es posible hoy hacer una acomodación tranquila de los sistemas de valores establecidos.

El hombre pregunta, examina este mundo de los valores y el sistema de valoraciones lo cual no es otra cosa que preguntarse por el significado y sentido de las propias aficiones, creencias y conductas.

Podemos evidenciar cómo la crisis de valores ha creado una serie de problemas culturales, sociales, sentimentales y de conducta.

Nuestra sociedad ha evidenciado un cambio en la visión de los valores ya no se habla de la ley moral Kantiana, determinada por el cumplimiento de su ley moral, la cual llevaba a la felicidad. Es decir, la ley moral determina lo que es bueno y lo que es malo y para conservar esta ley es preciso premiar o castigar a la persona conforme a su conducta. Analizamos entonces que la sociedad al castigar a los hombres busca domesticarlos para que se moldeen según su propia visión social,

permitiendo con esto que el hombre vuelva a lo que tanto criticaba Nietzsche la culturización de los valores.

CAPITULO I

ESE GRAN INTERROGANTE “LA MORAL”

1.1 UNA APROXIMACIÓN AL CONCEPTO DE MORAL

El concepto de moral al igual que el de ética se suelen utilizar indistintamente para referenciar la parte de la filosofía que se ocupa de las costumbres, pero sin embargo, según Ferrater Mora, el término “moral” tiene una significación más amplia que el término ética y en lenguas como el castellano lo moral se opone a lo físico, por lo cual se puede decir que las ciencias morales se ocupan de lo que no es puramente físico en el hombre (Ferrater, 34, 1982)

En algunos casos lo moral se opone a lo intelectual para significar lo que corresponde al sentimiento, diferenciándolo del intelecto; igualmente es opuesta a lo inmoral y a lo amoral, por tanto la moral sería todo lo que se somete a un juicio de valor o a un valor, y lo que se opone a todo valor es lo inmoral, y lo que es indiferente, es lo amoral.

1.2 ETIMOLOGIA E INICIO DE LA REFLEXION FILOSÓFICA SOBRE EL CONCEPTO DE VALOR

Etimología: Grg. ἄξια; Lat. Aestimable; Ingl. Value; Franc. Valeur; Alem. Wert; Ital. Valore. En general todo objeto de preferencia o de elección.

El concepto de valor es de un uso muy anterior a la reflexión hecha propiamente sobre el valor. La reflexión sobre éste concepto ha sido un problema constante y un tanto espinoso para todas las corrientes de pensamiento, aunque, en algunos solo fue tratado de forma implícita, no abierta. Pero aquí nos limitaremos a mencionar algunas, solamente, como preámbulo de ubicación y aclaración en busca de un buen desarrollo de nuestro trabajo.

En todas las doctrinas filosóficas, y hasta en el lenguaje cotidiano, se advierte una composición de juicios de valor. Pero el uso filosófico del concepto de valor comienza solo cuando éste se generaliza para indicar cualquier objeto de preferencia o selección (Abbagnano, 1966.)

En la filosofía Antigua y Medieval el valor se halla íntimamente unido al ser. En Platón el “verdadero ser” es lo que posee la mayor dignidad metafísica y por tal causa debe ser estimado; el ser es lo deseable, es como aquello superior a lo que lo inferior aspira. Esta idea se mantuvo en la antigüedad y en la Edad media, y luego llega a la idea de la identidad esencial entre lo bello, lo bueno y lo verdadero, y por otra parte a la carencia de valor del no ser y de lo falso.

No hay, allí, una reflexión autónoma sobre el valor debido a la subordinación entre lo que tiene valor y lo verdadero o existente.

La reflexión autónoma sobre los valores se da a finales de la Edad Moderna substituyendo la investigación anterior, sobre el ser, por el conocimiento.

El carácter gnoseológico de la Modernidad que difiere del ontológico de la antigüedad y del medioevo, sobre lo axiológico, permite que, el valor, solo sea considerado como uno de los temas fundamentales de la filosofía hasta en la Edad Contemporánea.

Luego de la desintegración del idealismo Moderno la reflexión sobre el valor comienza a cobrar su independencia. Lo cual se puede advertir claramente con el pensamiento de Frederich Nietzsche, quien interpreta las actitudes filosóficas como actitudes frente a los valores, ya no como posición del pensamiento frente a la realidad, - lo cual iremos deduciendo a medida que avancemos en nuestro trabajo -, para Nietzsche el valor se manifiesta como fundamento esencial de las concepciones del mundo, que en últimas, consisten en el predominio de un valor y no en el primado de la realidad. La jerarquía axiológica, para él, es una jerarquía de los valores vitales en los que se encarna la voluntad de poder.

1.3 EL CONCEPTO DE MORAL EN NIETZSCHE

Hemos hablado de lo que comúnmente se conoce con los términos de ética, moral y valor, los cuales aparecerán constantemente en nuestro trabajo, y también de

una aproximación a su definición etimológica que nos ayudarán a profundizar paulatinamente en la concepción e interpretación que de ellos hace Nietzsche, en el cual (adelantándonos un poco) la moral tiene una connotación especial, pues en él es entendida como habitación del hombre, como morada que ha sido contaminada, y esa contaminación es lo que provoca su angustia y su afán por limpiar la morada de la humanidad.

1.4 MORAL Y VERDAD

La moral ha estado fundamentada en principios no verdaderos, su última fundamentación es la divinidad, cuando en realidad sólo ha sido un invento humano para resguardar los intereses de una casta servil e impotente.

La verdad de una moral, dice Nietzsche, depende de si sus valoraciones vienen de una vida intensa y vigorosa, de una humanidad de señores; o de un espíritu débil, servil e impotente. La verdadera moral y los conceptos de valoración moral se originan en un campo completamente diferente al que hasta ahora se había tenido como verdadero. Pues ni siquiera se le permitió a la humanidad dudar de ello simulando la realidad con destellos de divinidad absoluta y adornada con categorías de bueno y bello sin que se pudiera pensar que la verdad nada tiene que ver con tales categorías, ya que existen verdades terribles, feas, repugnantes y crueles, pero escondidas tras pieles bondadosas. (Nietzsche, 1998, 30)

La autenticidad del origen de los conceptos morales tiene su cuna en la antítesis natural, dada en la relación entre los fuertes, vigorosos, libres, y los débiles, enfermos y esclavos, (relación en la que más adelante nos detendremos a examinar, por ahora nos basta con este breve esbozo como un anuncio y una manera de adentrarnos poco a poco en la profundidad cavada por un espíritu subterráneo y fuerte, de la cual iremos encontrando pequeños esbozos de la realidad completa que descubrió y puso al descubierto en su aventura de espíritu ágil que ha aprendido a danzar y jugar a pesar de su abrumadora y pesada carga).

1.4.1 MORAL CRISTIANA

La moral cristiana que se arraiga en el principio de “amaos los unos a los otros” como mandato de Jesucristo, lo cual conlleva a una profunda comprensión del otro, entendido como prójimo, prefigurada por la humildad y por la compasión por sus sufrimientos, es entendida por Nietzsche como la moral típica de los esclavos y nacida de un sentimiento de debilidad propio de los esclavos, que con su ascetismo y represiones conducen a una negación de la vida superponiendo y “sobre valorando” los valores de los débiles y enfermos por sobre los valores de los fuertes, condenando así a la humanidad, a una apariencia y engaño, que asiste a semejante acontecimiento sin percatarse de su verdadero sentido.

De este modo vamos viendo que la moral en Nietzsche está cargada de un ataque y de una negación de la moral tradicional y a la vez de una elevación de los valores biológicos, naturales. De modo que de aquí en adelante nuestro trabajo se centrará en un avanzar paulatino por el camino de *La Genealogía de la Moral* realizado por Nietzsche para poner sobre la mesa el verdadero origen de los valores morales, y siguiendo su búsqueda subterránea trataremos de hacer un tanto evidente el resultado de semejante lucha del espíritu vigoroso que se domina para darnos una propuesta moral que manifiesta su profundo sentir.

1.4.2 AURORA, COMIENZO DEL NUEVO DÍA

Hemos dicho que Nietzsche denuncia la mentira sobre la cual se fundamenta la moral predominante de su tiempo, y lo que quiero y pretendo con este trabajo es analizar detenidamente el procedimiento y método genealógico, -el cual caracteriza su trabajo de psicólogo de la moral, aventurero y explorador de las profundidades a donde nadie se atrevía a buscar pues ni si quiera se creía que existiese tal profundidad-, el cual llega a su expresión de madurez plena, literaria y filosófica, con una auténtica Genealogía de la Moral señalando con firmeza el verdadero origen de las valoraciones morales y poniendo a la luz todo el monstruoso proceso sobre el cual y del cual se debe hacer, se debe crear al nuevo hombre capaz de superarse a sí mismo.

En toda la obra de Nietzsche se transparenta una profunda preocupación moral, es la constante en todos sus trabajos, pero es específicamente con *Aurora* que comienza su “verdadero ataque contra la moral” predominante, según lo manifiesta él mismo en su libro el *Ecce Homo*; problematiza el concepto de valor sobre el que se asentaban y fundamentaban todos los juicios morales que regían la institucionalidad humana. Era la noche oscura y tenebrosa, tan perenne que había hecho desaparecer toda esperanza de salir de ella; se creía firmemente que ya no había forma de superarla y que era el natural destino predeterminado del que no se podía escapar.

Era la única realidad existente. Pero un “topo”, un espíritu fuerte altivo y libre se atreve a revisar las profundidades camufladas con solidez eterna y absoluta, y escarbando en lo más subterráneo y solitario descubre el umbral por donde empieza a entrar la luz que anuncia el nuevo día y destruye la oscuridad espantosa de la noche.

Este libro es el trabajo de un hombre “subterráneo”, de un hombre que taladra, socava y roe. En él veréis, suponiendo que tengáis ojos para este trabajo subterráneo, cómo avanza lentamente, con circunspección y con una dulce inflexibilidad, sin que se adivinen las miserias que trae consigo una larga privación de aire y de luz. (...) No le preguntéis qué es lo que quiere allá abajo; ya os lo dirá él mismo, ese Trofonino, ese hombre de apariencia subterránea, en cuanto se haya vuelto a hacer otra vez “hombre”. No es posible callar cuando se ha sido “topo” tanto tiempo, siempre topo. (Nietzsche, 1948, 21)

Aurora es el fruto dado “a luz” en el inicio de su madurez filosófica, rompiendo con sus anteriores influencias (había roto su amistad con Wagner, a quien durante mucho tiempo consideró como un verdadero espíritu libre; y se distancia de su maestro Schopenhauer), comienza a independizar y a desligar su espíritu, que se agita inquieto por alcanzar su plena libertad aún a costa de tanta incompreensión.

1.4.3 CÓMO SE LLEGA A SER LO QUE SE ES

Cómo llegar a ser lo que se es, es el subtítulo del *Ecce Homo*, del cual presento un comentario largo que nos introducirá en una concepción global del autor. Un pensamiento original, poco convencional y que además se aparta de toda concepción tradicional, corre el riesgo de ser despreciado, incomprendido, rechazado. Pero por sobre todo si ese pensamiento corresponde a un espíritu de carácter fuerte, firme, vigoroso y desafiante. Así fue el pensamiento de Nietzsche para su época; por lo que ya en *Aurora* (de lo cual ya hicimos mención en el punto anterior), él mismo hace referencia a la soledad, incompreensión y lucha heroica por la que tiene que pasar un espíritu tan libre que avanza juguetonamente por entre verdades tan amargas y desconocidas sin encontrar alguien que alcance su nivel, pues, el que sigue estos singulares caminos no encuentra a nadie, (...) “Nadie viene en su ayuda; tiene que liberarse él solo de todos los peligros, de todos los azares, de todas las asechanzas, de todos los temporales”.(Nietzsche, 1948, 23)

Y más adelante en la plenitud de su madurez, reclama y exige para sí lectores de oídos nuevos para una música nueva, de ojos nuevos para lo más lejano, de conciencia nueva para verdades que permanecían mudas y de voluntad de economía y de gran estilo, pues él es consciente y conoce muy bien las condiciones en que se le puede comprender (Nietzsche, 2000, 30), y de lo cual se puede deducir un profundo conocimiento de sí.

1.4.3.1 MEDIO DE INTERPRETACIÓN

Nietzsche cuenta con una “herramienta” que facilita una interpretación tal vez más adecuada sin distanciarse demasiado y que facilita la lectura interpretativa de su pensamiento, herramienta ideada y diseñada por él mismo en un acto de la más original y valiente potencia de espíritu libre, donde logra tomar distancia de sí mismo para interpretarse y mostrar el camino por el que se llega a “ser lo que se es”, en un trabajo autobiográfico.

El trabajo, -al que hemos llamado medio o herramienta de interpretación-, autobiográfico de Nietzsche permite un conocimiento más exacto de su obra y de su pensamiento que en el presente trabajo nos bastará con una corta interpretación, en palabras y conceptos personales, que nos aproximarán un poco más al tema central que nos ocupa.

El *Ecce Homo*, en mi opinión, es la obra de un hombre que ha orientado sus esfuerzos a cambiar el rumbo de la fundamentación ética con la cual se ha adormecido la humanidad que se aferra a un mundo falso y aparente.

Sus esfuerzos buscan probar que no hay una moral absoluta, sino originada de la vida misma y por eso las actitudes morales no son más que una invención humana que expresa las necesidades de sus inventores.

En su deseo por probar tal tesis examina el proceso histórico de la moral y desarrolla una argumentación muy bien fundamentada en contra del engaño en el que ha vivido la humanidad.

Después de una gran lucha a la que dedica la mayor parte de su vida deja impreso en cada una de sus obras todo el proceso de cómo se va construyendo un hombre que logra superar la tragedia de la vida remontándose a lo más elevado que puede llegar un ser humano, y habiendo llegado a tan alta cima observa desde allí cómo la humanidad continua profundamente adormecida a consecuencia del más astuto y despreciable engaño al cual también él ha sido sometido, pero que ahora tiene la grandeza de elevarse por sobre tal decadencia. Desde esa elevada cima observa con majestuosidad la estupidez de su época y reconoce haber sacado de ella misma las herramientas para superarla.

En este sentido es que se da la grandeza de un personaje incomprendido por su época, Nietzsche, quien al sobreponerse a su propia “enfermedad” quiere enseñar el camino que él ha seguido y con lo cual se ha distanciado y diferenciado de los personajes de su época, se ha diferenciado por ser el único capaz de descubrir y denunciar el monumental engaño ante el cual se arrodilla la humanidad, y por tanto es el único que puede realizar una transvaloración de los valores. (Nietzsche, 1982, 23)

Nietzsche logra pasar de una simple manera de ver el mundo a un modo de estar en el mundo, sacando de su propia “enfermedad” el mejor remedio para curarla y superarla, con esto se da cuenta de su gran fortaleza, se descubre a sí mismo (Nietzsche, 1946, 25) Es en este sentido en el que Nietzsche se eleva como saliéndose de sí mismo para ver “más allá” y así desenmascarar los instintos humanos ocultos por la compasión.

Ésta es la tarea que se propone Nietzsche la cual se le convierte en un afanoso deseo por poner al descubierto todo el engaño y falsedad en la que ha vivido la humanidad como producto de la enfermedad del resentimiento.

El emprender tal tarea le ha aislado y sumido en una profunda soledad, pues, sus pensamientos y su grandeza no han sido comprendidos, por eso, desde allí, desde su soledad declara la guerra a lo aparente y falso, a lo débil y bondadoso, a la represión y al silencio, a todo lo que hasta ahora había sido considerado como grandioso y bueno, inicia la transvaloración, y si ha tenido que iniciarla solo es

porque no encontró hombres con grandeza como la suya, pero, ahora los irá pescando utilizando como anzuelo sus escritos. (Nietzsche, 1998, 107)

Ésta tarea viene precedida de un ferviente deseo de engendrar y arrastrada por la fuerza de la más vigorosa voluntad de creación que lo ha conducido lejos de Dios y de los dioses. (Nietzsche, 1988, 106).

El mundo actual es una apariencia, un engaño, es por tanto necesario acabarlo, aniquilarlo, destruirlo para que resplandezca la belleza del “superhombre” (Nietzsche, 1998, 106).

Lo fervoroso y la ansiedad de su deseo lo obliga a volverse sobre sí mismo para observar claramente todo el desenvolvimiento de su ser en un proceso evolutivo, el cual le ha conducido a la cima de la grandeza humana, y desde allí busca cómo expresarlo, y ¿cómo expresar algo tan majestuoso? Algo que muy pocos pueden entender, son pocos los privilegiados que podrán llegar a comprender tan elevada grandeza que corre hacia un ideal distinto, prodigioso y seductor. (Nietzsche, 1998, 93).

Hacer un proceso tan excepcional levantándose del lecho de su “enfermedad” y utilizando la misma “enfermedad” como cura, cambiar todo lo que hay, limpiar el mundo de su humanitarismo y hacer una transvaloración de todos sus valores es ya una pretensión obsesiva, pero, expresarlo y hacerlo comprender de la

humanidad deja el límite de lo obsesivo y pisa el inicio de un delirio casi demencial.

Es así como la tarea de Nietzsche se queda plasmada en un trabajo sistemático en el que relata y deja tatuado su “carácter único” y con la que quería contar su deseo incontenible de expresar el prodigio de un descubrimiento con el que quiere anunciar el fin del engaño y de todo impulso oscuro y débil vencido por la voluntad y la seguridad propias de un destino que permite el amanecer del más hermoso y transparente día. Al terminar la transvaloración de los valores, Nietzsche, se siente como un dios que descansa después de su más poderosa creación (Nietzsche, 1998, 113). Y al querer expresar todo ese sentimiento de grandeza y poderío se define a sí mismo, de lo cual resulta el proceso de cómo se llega a ser lo que se es o el Ecce Homo.

CAPITULO II

LINAJE DE LA MORAL

Ya en el apartado sobre *Aurora* quedó dicho que ella es el fruto del inicio de la independencia del espíritu filosófico de Nietzsche, con la que inicia su ataque contra la moral; tal independencia y madurez filosófica y literaria, alcanzan su plenitud en *La Genealogía de la Moral*, con la que da la estocada final al sistema axiológico predominante y tradicional, preparando con esas mismas ruinas la llegada, el surgimiento de un nuevo hombre capaz de superar al hombre anterior, pero más humano y solamente humano.

La Genealogía de la Moral, publicada en 1887 bajo el título original de *Zur Genealogie der Moral*, que comprende tres apartados que son un “arte de la sorpresa y de lo más inquietante que se haya escrito”. Son tres decisivos trabajos preliminares de un psicólogo para una transvaloración de todos los valores (Nietzsche, 1998, 109-110), en los que se denota una veracidad radical para consigo mismo y para con sus lectores, y demuestra el trabajo incesante, arduo y silencioso de un artista que poco a poco esculpe en la piedra la imagen, ya impresa en su mente, golpeando con destreza y manipulando hábilmente su

martillo con el que hace saltar pedazos que desaparecen y permiten así la creación o aparición de la figura oculta y desconocida.

En esta obra se expone también un interrogante sobre el masoquismo moral, social y político; ya en el prefacio Nietzsche ve en el pensamiento Nihilista de Arthur Schopenhauer un síntoma de la enfermedad mental y depresiva que erosiona la sociedad, y a partir de este razonamiento reacciona cuestionando el valor mismo de los valores morales reinantes.

Aquí Nietzsche considera que son los hombres poderosos, fuertes, libres que al designar sus actos como “buenos”, se otorgan el derecho de crear valores que luego son impuestos a los más débiles quienes se resienten por ser obligados sin tener manera de evitarlo. El resentimiento de los esclavos, o débiles, crea nuevos valores, valores que en lugar de liberarlos de su esclavitud, confirman y acrecientan más su sumisión. Es una nueva moral, moral de la compasión, moral de la miseria, de la piedad y de la renuncia.

Esta moral niega el mundo exterior visto como opresor, niega, dice “no” a los poderosos quienes dicen “sí” a la felicidad de una vida plena de voluptuosidad animal, agresiva que no siente culpa ni compasión.

Los débiles se engañan haciéndose ilusiones de palabras, de creencias y de ideales, como forma de venganza vana hacia los poderosos a quienes envidian.

Por eso para Nietzsche hacer de la moral de los poderosos los Nobles, los

Aristócratas, la moral de la mayoría (es decir de los débiles y enfermos de la vida; la enfermedad entendida como aquello que atenta contra la vida, aquello que hace al hombre débil y que se puede considerar algo malo), es transvalorar los valores mismos, pues son los poderosos, los aristócratas, los libres quienes tienen la capacidad y la libertad propia de crear valores para sí mismos y por tanto sus valores se fundan en la fortaleza, en la libertad y en la vigorosidad misma de la vida afirmándola, y así se sobreponen al temor y a la angustia frente al abismo del absurdo y sin sentido de la vida. Ya que se podría tomar la vida en palabras Nietzscheanas como algo que no es mortificación es exuberancia creadora. La vida no es renuncia, es conquista la vida no tiene compasión, triunfa el mejor dotado. La vida no es resignación, porque la vida no se da por vencida nunca. La vida no es esperanza, porque la vida no duerme está siempre despierta. La vida es voluntad de superación. Debemos evidenciar que el criterio de moralidad no es el deber por el deber (Kant), ni la utilidad del mayor número (Bentham y Stuart Mill) ni la felicidad (Aristóteles). El criterio de moralidad es la voluntad de dominio. Bueno es todo lo que eleva el sentimiento de poder de superación. ¿Qué es malo? Todo lo que viene de la debilidad del temor. Bueno significa noble, distinguido, superior lo que pertenece a la nobleza, malo en contraposición significa vulgar, plebeyo, bajo.

En la sociedad se pueden ver vestigios de hombres superiores o nobles y hombres plebeyos, vulgares o esclavos en toda cultura se distingue una especie de hombres dominantes y una especie dominada. Por tal motivo los conceptos de bueno y malo tienen distinto contenido según la moral a la cual pertenecen. Todo lo que hace el señor es bueno, todo lo que hace el esclavo es malo. La moral de señores es una moral exuberante, optimista sin resentimiento. La moral de los esclavos es negativista, suspicaz, temerosa, plena de resentimiento. Por esto, para la clase dominada bueno significa lo que aligera su esclavitud, lo que hace más llevadera la carga de la vida: es buena la compasión, es buena la resignación, la humildad, la confianza y la esperanza. Es malo en cambio el poder, la astucia, la supremacía del señor.

La moral de los esclavos es pues una moral de ataduras, es una moral en la cual el hombre siempre va a vivir condicionado por su mundo, lo cual lo va atando y va llenando de falsas expectativas. Se podría decir que es una moral de la resignación, por lo que veo necesario acabar con este tipo de moral del resentimiento, de la impotencia, de la humildad; es preciso predicar una moral de señores de hombres superiores, distinguidos, que afirmen en sí mismo la voluntad de dominio, de superación de la vida, ya que la vida no conoce de la injusticia social, la vida no habla de usurpación de derechos de una clase determinada la vida es una lucha por la primacía por el poder.

Esto muestra la osadía de un gran pensador, Nietzsche, que actúa valiente y libremente quitando máscaras y echando por el suelo el telón que cubría bella y bondadosamente la verdad cruel, repugnante y no moral que va apareciendo en medio de una tempestad atemorizante, como paso doloroso, como oscuro amanecer que da paso a un nuevo destino y permite la aparición resplandeciente de la luz matinal que conduce a la claridad del radiante sol en el medio día de la libertad humana, del nuevo hombre que se impone heroicamente con potencia arrasadora y creadora sobre las ruinas del desastroso engaño.

Ya tenemos una visión o una imagen amplia y global sobre la generalidad del pensamiento Nietzscheano que hemos venido recorriendo vagamente, lo cual nos va ubicando propiamente en el sentido profundo de su propuesta moral y de su concepción sobre estas mismas valoraciones que aquí continuaremos explorando detenidamente para poder comprender las verdades, por él descubiertas, que lo impulsaron a vivir tan radicalmente la coherencia entre su sentir, su pensar y su actuar plasmado en cada una de sus letras escritas con sangre, que revelan una vida hecha pensamiento y un pensamiento hecho escritura trascendiendo la temporalidad y realizándose en ella misma.

Nietzsche fue un incesante descubridor de verdades, de verdades ocultas y prohibidas, que suenan terribles y desagradables a los oídos de la humanidad de su tiempo (y aún para la de hoy), que perpleja ve cómo cae el pedestal de sus

más sagradas convicciones. Pero al respecto de tales verdades dejemos que sea el mismo Nietzsche quien nos anuncie la verdad de cada uno de los tratados que componen su Genealogía:

Al final, cada una de las veces, entre detonaciones horribles del todo, una nueva verdad se hace visible entre espesas nubes. –La verdad del primer tratado es la psicología del cristianismo: el nacimiento del cristianismo, del espíritu del resentimiento, no del “espíritu”, como de ordinario se cree, -un anti movimiento por su esencia, la gran rebelión contra el dominio de los valores nobles. El segundo tratado ofrece la psicología de la conciencia: ésta no es, como se cree de ordinario, “la voz de Dios en el hombre”, -es el instinto de la crueldad, que revierte hacia atrás cuando ya no puede seguir desahogándose hacia fuera. La crueldad, descubierta aquí por vez primera como uno de los más antiguos trasfondos de la cultura, con el que no se puede dejar de contar. El tercer tratado da respuesta a la pregunta de dónde procede el enorme poder del ideal ascético, del ideal sacerdotal, aunque éste es el ideal nocivo par excellence, una voluntad de final, un ideal de decadencé. Finalmente es de aclarar que genealogía quiere decir a la vez, valor del origen y origen de los valores, en oposición tanto al carácter absoluto como al carácter relativo o utilitario de los valores. Es el elemento diferencial de los valores de donde se desprende; es origen o nacimiento, diferencia o distancia en el origen (Nietzsche, 1998, 109- 110)

De otro lado, según Jean Michel Rey, la genealogía produce una lógica del desconocimiento y de sus principales efectos, es decir en la totalización o lugar donde siempre se realiza una ocultación y una represión que deben ser analizados rigurosamente en sus síntomas históricos. Además, continua Jean Michel Rey, la genealogía permite descifrar el “parentesco” de los conceptos esenciales utilizados por los diferentes sistemas metafísicos. (Citado en *Historia de la filosofía* por Chatelet, 1982, 46)

La metafísica y la religión han puesto en entredicho a las ciencias del cuerpo y a la práctica filológica; en una instancia represiva, que se apoyaba en las mismas fuerzas, situaron el cuerpo y lo significativo en una posición de dominados, y al tratar de esclarecer la lógica de tal represión, en sus efectos históricos, se produce la genealogía como lectura ascendente de la densidad establecida del código lingüístico, moral y religioso que señala y descifra sus síntomas sobrecargados de significatividad.

En últimas lo que Nietzsche quiere es desligar o destruir la unión en que se había mantenido lo significado y el valor de lo significado. Busca las verdades ocultas en ello, escudriña con ojo agudo entre las estructuras rígidas, y es allí donde se encuentra con las verdades desconocidas hasta entonces. (Chatelet, 1982, 44)

2.1 ORIGEN DE LOS VALORES MORALES

El conocimiento humano parte siempre de supuestos, pero a veces dichos supuestos se establecen no por que no haya capacidad o posibilidad de comprender, de conocer o de comprobar y demostrar lo que hay más atrás de ellos sino por que confiamos ciegamente en lo que se ha establecido tradicionalmente en la historia creyendo que lo que dura mucho tiempo es porque necesariamente es verdadero.

Con el recorrido que hemos hecho en el desarrollo del primer capítulo de este trabajo, en el cual hemos encontrado “herramientas”, conceptos ideas, etc., que nos acercan a la concepción Nietzscheana de la moral y de los valores que en ella fueron establecidos, así vamos descubriendo que durante muchos siglos de historia la humanidad creyó con firmeza en verdades incognoscibles, elevadas en un pedestal divino imposible de alcanzar; pero ahora se derrumban y caen ante

los pies de la humanidad que observa aterrorizada, como observando el bochornoso acontecimiento del triunfo de lo maligno sobre lo bondadoso.

En verdad pareciera un hecho de mal gusto, como si fuera el atrevimiento de un maleducado que rompe la casa de un sabio, pero en realidad no es nada extraño, no es nada demoníaco, es simplemente una hazaña humana. No es una ofensa contra la divinidad, es simplemente quitar la máscara de divinidad a los acontecimientos humanos.

Sólo faltaba un poco de valentía, alguien que fuera lo suficientemente fuerte para permitirse la libertad de dejar aflorar toda la potencia, el poder que había dentro de sí, para arrancar el temor infundado y romper el velo con que se polarizaba la realidad construida en todo el proceso de superación y civilización de la humanidad.

El ideal cristiano gestado en el pueblo judío fue lo que terminó la ocultación de la verdad que está al origen de la historia humana, polarizó la verdad con los deslumbrantes adornos de la idea de un ser superior omnipotente que determina el destino de la humanidad y por eso ordena el cumplimiento de unas leyes en las que se originó, o se fundamentó toda la moral que nos ha regido, controlando y limitando los instintos naturales del hombre.

Analizar y poner al descubierto todo ese proceso del origen histórico de la moral, es una preocupación fundamental de Nietzsche, en *La Genealogía de la Moral* (lo

cual ya he venido señalando para establecer cuál es la fundamentación de los valores de su valoración en torno a la moral), y de lo cual me ocupare en este capítulo, para ver cómo el autor después de destruir la fundamentación axiológica predominante quiere hacer brotar de esas mismas ruinas una nueva humanidad que se construya así misma a partir de la fuerza, de la potencia interior a la que llama “voluntad de dominio” y simboliza con la imagen del superhombre.

2.2 DESCONFIANZA Y DESPRENDIMIENTO DE LO ESTABLECIDO

Desde muy temprana edad a Federico Nietzsche le preocupó el problema del mal, de la moral en sí, que valora la vida bajo los conceptos de bueno y malo. Sentía un profundo rechazo por todo lo que se refiere a la moral y sospechando que su origen y valor no era aquel que se le había atribuido; por lo cual en un primer momento se pregunta por el origen del bien y del mal y, aunque en ese entonces era solo un niño, realizaba con ello su primer escrito literario.

Su curiosidad por tal tema lo fue conduciendo por caminos inesperados, pues, al seguir indagando pronto aprendió a combinar su rigor histórico y filosófico para buscar tal origen dentro del mundo mismo, ya no en lo trascendente, ni en Dios sino en las cosas propias del mundo, en las relaciones diarias de los hombres, en su pasado, en su historia, y gracias a su capacidad psicológica innata ya empezaba a notar el origen humano de los valores morales; por eso ahora se

interroga por las condiciones en las cuales el hombre inventó el juicio de valor de lo bueno y lo malo, y cuáles han sido sus repercusiones para la misma humanidad.

Su trabajo sobre estas cuestiones le iba permitiendo descubrir nuevos horizontes sobre los cuales construyó su propio mundo en el que se sintió elevado por sobre la humanidad, lo cual le daba autoridad para revelar verdades nuevas descubiertas por él mismo.

Por fortuna aprendí pronto a separar el prejuicio teológico del prejuicio moral, y no busqué ya el origen del mal por detrás del mundo. Un poco de aleccionamiento histórico y filológico, y además una innata capacidad selectiva en lo que respecta a las cuestiones psicológicas en general, transformaron pronto mi problema en este otro: ¿en qué condiciones se inventó el hombre esos juicios de valor que son las palabras bueno y malvado?, ¿Y qué valor tiene ellos mismos? ¿Han frenado o han estimulado hasta ahora el desarrollo humano? ¿Son un signo de indigencia, de empobrecimiento, de degeneración de la vida? ¿O, por el contrario, en ellos se manifiesta la plenitud, la fuerza, la voluntad de la vida, su valor, su confianza, su futuro? Dentro de mí encontré y osé dar múltiples respuestas a tales preguntas, distinguí tiempos, pueblos, grados jerárquicos de los individuos, especialicé mi problema, las respuestas se convirtieron en nuevas preguntas, investigaciones, suposiciones y verosimilitudes: hasta que acabé por poseer un país propio, un terreno propio, todo un mundo reservado que crecía y florecía, unos jardines secretos, si cabe la expresión, de los que a nadie le era lícito barruntar nada... ¡Oh, qué felices somos nosotros los que conocemos, presuponiendo que sepamos callar durante suficiente tiempo!. (Nietzsche, 1988, 20)

Buscando material para evidenciar y probar las verdades descubiertas no logró encontrar alguna que satisficiera plenamente su instinto crítico y su aguda mirada, por el contrario tropezó con textos que denotaban a un más la falta de espíritu crítico y se quedaban en una mediocre y tímida interpretación sobre el origen moral de los valores humanos. Uno de estos textos fue el del doctor Paúl Rée

titulado *El Origen de los Sentimientos Morales*, con una perspectiva genealógica deficiente, al igual que la de Herbert Spencer que aunque un poco más razonable es digna de desprecio.

2.2.1 ¿Cuál es el valor del valor?

El interés y la preocupación de Nietzsche estaban centrados propiamente en el valor de la moral y veía con preocupación cómo los sentimientos habían sido moderados por la moral de la compasión; frente a lo cual le surge una nueva perspectiva de desconfianza frente a toda moral.

Desconfianza que da nacimiento a una nueva exigencia, surge la necesidad de una crítica seria y profunda a los valores morales, que ponga en entredicho el valor de esos mismos valores, es decir que se hace necesario poner en evidencia las circunstancias de las cuales surgieron los valores que hoy nos rigen, ya no se puede confiar en ellos, se habían establecido a través del tiempo como absolutos, como algo de lo cual no se podía dudar, eran verdaderos, habían sido dados por Dios, se habían cumplido y vivido por la tradición, y atreverse a dudar de ellos si quiera un poco era una ofensa, una irreverencia contra nuestros antepasados.

El interés por descubrir el origen de los principios morales que rigen la sociedad actual lleva a Nietzsche a comprobar que la moral establecida en el proceso

histórico de la humanidad no concuerda con la naturaleza humana, de modo que se suscita en él una total desconfianza y un enérgico rechazo por los valores que rigen la sociedad. Y esta desconfianza lo impulsa a buscar con mirada aguda y con rigor histórico la procedencia de la moral, y para ello se vale del método de la genealogía, la cual le permite indagar hasta encontrar la verdad oculta tras la morada de los hombres construida con mentiras y disfrazada de verdades absolutas de procedencia divina.

Necesitamos una crítica de los valores morales, hay que poner alguna vez en entredicho el valor mismo de esos valores, y para esto se necesita tener conocimiento de las condiciones y circunstancias de que aquellos surgieron, en las que se desarrollaron y modificaron (la moral como consecuencia, como síntoma, como máscara, como tartufería, como enfermedad, como malentendido; pero también la moral como causa, como medicina, como estímulo, como freno, como veneno), un conocimiento que hasta ahora ni ha existido ni tampoco se lo ha siquiera deseado. Se tomaba el valor de esos valores como algo dado, real y efectivo, situado más allá de toda duda; hasta ahora no se ha dudado ni vacilado lo más mínimo en considerar que el "bueno" es superior en valor a "el malvado", superior en el valor en el sentido de ser favorable, útil, provechoso para el hombre como tal (incluido el futuro del hombre). ¿Qué ocurriría si la verdad fuera lo contrario? (...) ¿De tal manera que justamente la moral fuese culpable de que jamás se alcanzasen una potencialidad y una magnificencia sumas, en sí posibles, del tipo de hombre? ¿De tal manera que justamente la moral fuese el peligro de los peligros? (Nietzsche, 1988, 23)

2.2.2 Espíritu histórico

Al plantearse la crítica de los valores morales Nietzsche se dispone a recorrer todo ese mundo recóndito de la moral, pero con nuevos ojos que le permitan conocer e

identificar claramente la verdad de ese mundo, lo cual sería como apenas empezar a conocer ese mundo que aunque pareciera ser ya muy conocido por todos, en realidad siempre ha estado polarizado, encubierto, disfrazado, oculto. La intrigante duda que surge a partir de esa aguda y nueva mirada es dirigida hacia la efectiva historia, hacia el origen real de la moral, busca en lo concreto, en cosas que efectivamente se puedan comprobar, no quiere quedarse en la superficialidad como las hipótesis inglesas sobre la moral, quiere hallar algo más eficaz y más real, *"quiero decir, lo fundado en documentos, lo realmente comprobable, lo efectivamente existido, en una palabra, toda la larga y difícilmente descifrable escritura jeroglífica del pasado de la moral humana"* (Nietzsche, 1988, 23)

Vemos, pues que la desconfianza en los valores morales ya establecidos, llevó a Nietzsche a investigar hasta en los últimos rincones de la procedencia de dichos valores para poner al descubierto todo lo que hasta entonces se había mantenido oculto bajo la apariencia de valores absolutos y eternos. En su interés por arrancar tal máscara se encuentra con los únicos ensayos que se habían hecho hasta ahora acerca de la historia genética de la moral y que habían sido hechos por los psicólogos ingleses quienes se dedicaron a buscar e identificar la parte vergonzosa de nuestro interior y lo propiamente normativo del desarrollo humano, como guiados por un deseo inconsciente de empujar al hombre, o tal vez

impulsados por un gusto hacia lo extraño, paradójico, problemático y absurdo de la existencia.

Ahora nos damos cuenta que Nietzsche ve el error de los investigadores y dice que han sido cobardes y justamente porque les falta el espíritu histórico, por eso no han podido llegar hasta el final y se quedaron sólo en una conclusión bastante pobre al basar o poner la cuna, el origen del juicio 'bueno' en la conducta no egoísta, en la utilidad, en el olvido y en el hábito, origen que indudablemente es falso, no corresponde a la real procedencia del concepto y juicio 'bueno'.

Los psicólogos ingleses se equivocaron al ubicar el origen del concepto 'bueno' en las acciones no egoístas, pues afirman que la utilidad de estas acciones en su comienzo fueron alabadas pero luego se olvidó tal origen; de tal modo que esta tesis resulta insostenible psicológicamente por que no es posible olvidar lo útil de algo cuando es una experiencia diaria que se repite constantemente cuando precisamente la repetición es el medio que ayuda a grabar algo efectivamente en la conciencia con mayor claridad. Igualmente Herbert Spencer afirma y defiende la identidad esencial entre el concepto 'bueno' y el concepto 'útil' o conveniente en los que, según él, la humanidad basaba sus juicios de valor en lo conveniente como lo útil igual a bueno, y en lo inconveniente o perjudicial como lo malo, que aunque más razonable tampoco es verdadera (Nietzsche, 1988, 23)

Lo que le preocupa, entonces, es la insuficiencia de estas explicaciones y su falta de rigor histórico para indagar por la procedencia o auténtico origen de los principios morales que rigen la humanidad. Esto no permite que se le quite el velo que esconde el origen verdadero de las valoraciones morales, e impide poner al desnudo las verdades sobre tal origen que aunque ásperas, feas y dolorosas existen realmente.

2.3 INVENTO DE LOS FUERTES Y LIBRES

En el planteamiento anterior se puede notar que Nietzsche presiente que hay una verdad que se oculta tras los principios o conceptos de valor que rigen nuestra moral, que hasta entonces se han tenido como verdaderos, absolutos y eternos; que no se pueden cambiar ni modificar, son algo ya establecido y hay que aceptarlos así.

Es así como va descubriendo que es precisamente esa rigidez la que esconde algo que no se ha dicho todavía, algo que nadie se ha atrevido a denunciar; tales conceptos no son tan absolutos ni tan verdaderos, ni mucho menos trascendentales, de origen divino como se ha creído siempre; ellos se han basado sólo en creencias, en ilusiones fruto de la debilidad y de las cuales era totalmente prohibido dudar, y se prohibía dudar precisamente para esconder su verdadero origen, sin embargo Nietzsche se ha permitido dudar de tales cosas y desconfía de todo lo que se presenta como trascendente y se proclama absoluto, y por eso

averigua, en un viaje histórico-genético que le va a permitir poner en evidencia el engaño en el que vive la humanidad.

Para poder descubrir claramente la procedencia de los principios morales y de los juicios de valor es necesario empezar averiguando por los conceptos en los que se basan dichos principios o juicios valorativos, en qué lugar de la historia empezaron y quienes los crearon.

Los conceptos en los que se basa la moral y con los cuales se hacen los juicios de valor son el concepto 'bueno' y el concepto 'malo', conceptos que, según Nietzsche, fueron inventados por las auténticas y originales castas superiores de la humanidad, fueron los nobles, los poderosos, los hombres de posición superior y elevados sentimientos quienes se concedieron el derecho de crear valores, pues, cuando se valoraban a sí mismos y a su obrar como superior, elevado, de calidad, auténtico; opuesto, diferente a todo lo vulgar, plebeyo y sumiso, se daban el título de 'buenos', como su distintivo que los diferenciaba y distinguía como los que mandaban, como los dueños, los que tenían libertad para actuar.

Al comienzo los aristócratas, eran quienes tenían la capacidad para mandar y ordenar todo, ellos eran los que designaban el valor de cada cosa, ellos eran los que creaban valores y en ese poder que se designaron ellos mismos acuñaron los

conceptos 'bueno y malo, utilizados luego por las diversas lenguas, para designar e identificar lo que ellos consideraban como útil, agradable y benéfico, con el concepto 'bueno'. Y en su defecto, aquello perjudicial, feo, desagradable y despreciable era identificado con el concepto 'malo.

De modo que el mismo concepto "aristocrático" y "noble", es entendido como algo de índole elevada, privilegiado, diferente de lo vulgar, de lo plebeyo, y aun más se puede comprobar en las raíces etimológicas de las diferentes lenguas que designan lo concerniente a lo 'bueno', dejando entrever el matiz básico de superioridad con el que los nobles y aristócratas se sentían privilegiados y de rango elevado, y se hacían llamar 'señores' como una designación de los que tenían el poder, de los que mandaban, de los propietarios. "Pero también se apoyan, para darse nombre, en un rasgo típico de su carácter: y este es el caso que aquí nos interesa. Se llaman, por ejemplo, los veraces: la primera en hacerlo es la aristocracia griega" (Nietzsche, 1988, 25)

2.4 ORIGEN DE LOS CONCEPTOS BUENO Y MALO

La explicación genealógica de los historiadores ingleses acerca del origen del juicio 'bueno' contiene los rasgos típicos de su idiosincrasia, al ubicar ese origen en las acciones no egoístas, que según ellos, a quienes les parecían útiles las alababan como buenas. Pero un poco más tarde se fue olvidando ese origen, pero

la fuerza de la costumbre terminó por hacerlas sentir como buenas, como algo bueno en sí mismo, de modo que para ellos “la utilidad”, “el olvido” y el “hábito” constituyen la fuente del juicio bueno con la cual se fundamenta la moral de la que la humanidad ha estado orgullosa por tantos siglos de historia.

Ésta explicación es errónea, ese no es el lugar de donde procede el juicio valorativo en cuestión, aquí falta el espíritu histórico dejado precisamente por todos los buenos espíritus de la ciencia histórica, y del cual han carecido hasta los mismos filósofos, pues siempre se ha pensado de una manera esencialmente ahistórica (Nietzsche, 1887, 30) falta profundidad y honestidad en esas investigaciones y explicaciones sobre el origen de nuestra moral, pues, la historia da cuenta que fueron los mismos buenos quienes se sintieron y se valoraron y valoraron su obrar como bueno. Fueron esos hombres de rango superior, de posición elevada y grandes sentimientos quienes se concedieron el honor de atribuirse a sí mismos ese juicio de valor en oposición a todo lo que era diferente a ellos.

La procedencia del juicio de valor no tiene nada que ver con lo útil, a los aristócratas, a los nobles quienes crearon los conceptos por medio de los cuales se hacían los juicios de valor, no les interesaba para nada la utilidad de su proceder para los demás, es decir que no tomaban en cuenta si sus acciones pudiesen ser útiles a los demás solo se sentían superiores, con poder sobre los

otros y para diferenciarse y distinguirse de los inferiores se llamaron a sí mismos “buenos” y a todo lo relacionado con ellos, que tuviera sus mismas características lo calificaban con el mismo término, así se diferenciaban de los que no poseían las mismas cualidades que ellos tenían, es decir de aquellos que eran de un nivel inferior o más bajo, que estaban sometidos a su poder, obedeciendo y dependiendo de ellos, de los aristócratas.

El calificativo de ‘bueno’ no nació con relación a la utilidad ni con el fin de calificar despectivamente sino sólo por nombrar y determinar la diferencia que había entre los que mandaban, los superiores, los dueños, y los que no alcanzaban tal nivel, que no pertenecían a la casta propia de los que nacieron para mandar, para controlar el poder, para ser señores y creadores, sino que por el contrario estaban subordinados, sometidos y obedecían pacientemente las ordenes de ellos, y a éstos, por diferencia, los llamaron “malos”. Era un gran deseo de distanciarse y diferenciarse, el “pathos” de la distancia.

Los psicólogos ingleses se equivocaron al poner la utilidad como origen de la valoración o de los conceptos “bueno” y “malo”, si como se ha dicho quienes acuñaron estos conceptos no pensaban en la utilidad sino sólo en la diferencia y en la distancia que veían entre ellos y los que estaban bajo su servicio o bajo su

mando. De igual modo cometieron otro error al poner el olvido como segundo factor que dio origen a la valoración moral.

Dicen ellos que el primer factor (la utilidad de las acciones no egoístas) dio origen a los conceptos 'bueno' y 'malo', pero con el tiempo dicho origen se fue olvidando, lo cual resulta igualmente erróneo, pues, no es posible olvidar acciones como estas de elogiada utilidad y de repetición constante. De modo que éste argumento resulta psicológicamente contradictorio pues la utilidad y la repetición son principios del recuerdo permanente y claro; cuando algo es repetitivo y además útil no es posible olvidarlo sino que por el contrario se graba en la memoria con mayor intensidad. No puede desaparecer de la conciencia, al contrario se arraiga y se fortalece.

CAPITULO III

DEMOLICIÓN DEL SISTEMA AXIOLÓGICO

Los conceptos básicos que fundamentan la filosofía de Nietzsche nos permiten tener una profundidad y claridad sobre su concepción de la vida, que de una manera muy personal se manifiesta siempre en dos posiciones contrarias: una el “poder”, es decir todo lo saludable, elevado, lo que manifiesta fuerza, grandeza y vitalidad; y el otro es la impotencia, o sea todo lo enfermo, sumiso, débil, miedoso, todo lo bajo, lo sumiso que se arrastra y se arrodilla.

De ésta doble manifestación de la voluntad de vida parte su concepto de “la voluntad de poder”, en la que nos detendremos mas adelante, entendida de manera general como la tendencia básica de movilidad de toda existencia finita, todo es voluntad de poder, pero luego la prefiere, la entiende en un sentido de forma “heroica de la existencia”. Entendida así, “la voluntad de poder” concede la capacidad de negación y la capacidad para destruir, que aquí toma la forma de “transvaloración” de todos los valores, desde la perspectiva y consideración psicológica de donde se apresta a disolver todo el sistema axiológico que hasta entonces ha sido vigente; y al cual considera como el querer y desear la nada, es decir como nihilismo, entendido a su vez como la historia de la transvaloración, a la cual Heidegger nos refiere de forma puntual:

En efecto en la medida en que experimenta el nihilismo como la historia de la desvalorización de los valores supremos y que piensa la superación del nihilismo como el contra movimiento que adopta la figura de la transvaloración de todos los valores válidos hasta el momento, la cual se lleva a cabo desde el principio, expresamente reconocido, de la posición de valores, Nietzsche piensa precisamente el ser, es decir, el ente en cuanto tal, y de este modo comprende mediatamente al nihilismo como una historia en la que algo acontece con el ente en cuanto tal (Heidegger, 1977, 43).

Desde ese acontecer del ente en cuanto tal busca disolver todos los valores que se han tenido como indiscutibles y poner en cambio los nuevos valores que son los que se manifiestan a través de los conceptos originales de lo “bueno” y lo “malo” que, como ya se dijo, sufrieron un cambio durante la lucha sostenida en la rivalidad entre la casta guerrera y la casta sacerdotal en la que se impone la moral de los esclavos sobre la moral de los señores.

Pero ahora es el tiempo de regresar a lo auténtico, a lo original de la naturaleza humana para liberar esa misma humanidad que luego de despertar del miserable engaño de un mundo mejor, -en el cual curaría todos sus dolores y por eso desprecia con tanta crueldad este mundo verdadero que es el único efectivamente existente-, retomará su naturaleza y recobrará su capacidad de creación y dominio sin depender de seres superiores.

Es despertar del aletargado sueño de alienación que impide su desarrollo natural ya que la invención hecha por la casta sacerdotal propició y fomentó el desprecio de todas las virtudes corporales, apreciadas y conservadas por los fuertes, por los guerreros, por los que enfrentaban la existencia con valentía, y a cambio fueron

puestas otras virtudes proyectadas a un más allá inexistente en el que supuestamente se encuentra su verdadera felicidad la cual solo se puede alcanzar mediante el desprecio de todo lo terreno, de todo lo corporal, de todo lo material, corporal o físico.

Así fue como la casta sacerdotal consiguió alimentar un odio desenfrenado por todo lo natural, por todo lo terreno, despreciando por completo el mundo en el cual vive y que es el único que realmente existe, por eso su creencia en un mundo trascendente es, según Nietzsche, meramente una proyección que hace en su debilidad el hombre esclavo, el cual anhela ser poderoso y dominador y en su incapacidad proyecta ese deseo de grandeza y heroísmo humano.

Ya hemos podido notar que Nietzsche hace una íntima relación entre moral y verdad, para él el valor o el rango de una moral se define por el grado de verdad que ella posea, por la manera como se adecua a la realidad de los hechos y en éste caso cómo se ajusta a la voluntad de poder, entendida ella en el sentido heroico de la existencia. Por eso el cuestionamiento que hace a la moral dominante, lo lanza desde ésta perspectiva poniendo en tela de juicio el valor de la verdad de esa moral. Claro que como dice Eugen Fink el concepto de verdad que maneja Nietzsche, es un concepto restringido.

Es decir, la verdad cuyo valor pone Nietzsche en cuestión es la verdad sobre lo existente: la verdad de la ciencia y la verdad de la metafísica,

que afecta al esquema básico de lo existente. La verdad como apertura de la vida que fluye, como voluntad de poder y como eterno retorno, es sin embargo, el fundamento de la universal perspectiva axiológica de Nietzsche y, por tanto únicamente puede ser un fenómeno axiológico. La naturaleza de la verdad que sustenta su propia filosofía no alcanza nunca una claridad última. Esto no es un hecho causal, una limitación que se pueda explicar biográficamente. En la falta de claridad a cerca de la esencia de la verdad de la "vida", es decir, por tanto, de la verdad de la voluntad de poder y del eterno retorno, se esconde, al final, la posición escindida de Nietzsche con respecto a la metafísica, se oculta el hondo problema de si él pertenece todavía a ésta o si la trasciende y va más allá de ella. Es un espectáculo notable el ver cómo Nietzsche reduce todas las anteriores ideas de la verdad a la voluntad de poder y a los puntos de vista axiológicos dictados por ésta, y como no es capaz, por otro lado, de esclarecer, en su peculiar modo de verdad, el descubrimiento de la voluntad de poder. (Eugen Fink, 1969, 184)

A partir de la subordinación que hace entre moral y verdad es que busca el origen de esa misma valoración moral, en la que encuentra que ella empezó con la relación de dos castas humanas en la que una se distinguía por tener el poder que ostentaba a partir de su fortaleza, su riqueza, libertad y su poderío (es decir los Nobles), por sobre la otra casta que se diferenciaba justamente por ser todo lo contrario de la primera y se caracterizaba por estar supeditada a los fuertes, pues su debilidad y pobreza los limitaba a la esclavitud.

Los nobles o aristócratas en su condición de señores y dominadores se dieron la libertad de crear conceptos de valor con los cuales se diferenciaron y se distanciaron de la otra condición humana totalmente contraria a su condición y estado. Los conceptos que ellos crearon fueron: "lo bueno" y lo "malo". Con el primero se definía su condición de superioridad, y en contraposición el segundo

designaría y definiría todo lo que tuviera una condición diferente a la de ellos. De modo que la valoración de lo bueno y lo malo nace de la relación entre dos grupos humanos de condición diferente y con estos conceptos se haría notar la gran distancia que hay entre ellos.

Así es como al poner en evidencia el origen y el sentido de los juicios de valoración moral, Nietzsche propone aniquilar la moral que se ha impuesto, por tantos siglos de historia durante los cuales aparece como absoluta e indudable y de trascendencia divina, y con lo cual se han determinado las relaciones sociales, políticas, económicas, culturales y religiosas, y a través de ellas se ha clasificado y juzgado la conducta, y el proceder de cada individuo y de la humanidad en general.

Los conceptos 'bueno' y 'malo' se constituyeron en fundamento de la valoración moral de la humanidad quien los convirtió en valores absolutos de carácter divino cuando en realidad sólo proceden de un invento humano, es solo un producto de la voluntad humana, la moral se origina en la vida misma no en leyes eternas.

Uno de los errores más grandes que la humanidad ha cometido es fundamentar y considerar sus principios morales como eternos, fundamentados en leyes intangibles provenientes de la divinidad que los reveló a sus hijos predilectos. De este modo es como la humanidad se ha sometido a un supuesto poder superior que le impide desarrollar plenamente sus capacidades y su inmenso poder que

posee por naturaleza, olvidando que en realidad ha sido el mismo hombre que durante el proceso histórico los inventó a fin de sobrevivir y por eso cada uno de los valores morales responde a las necesidades de quienes los inventaron.

No podemos conformarnos con una realidad moral dada, predeterminada, es necesario revisar su proceso histórico y en él nos daremos cuenta cómo nació en realidad y cómo ha sido su evolución etimológica. Pues la valoración moral viene propiamente de su origen histórico y no tanto de un examen filosófico o del interés de sus contenidos, por eso ahora vamos a dar un ligero recorrido por el proceso histórico descubierto por Nietzsche, en el que nos cuenta la manera, la astucia con que los esclavos imponen, a través de sus valores, su propia manera de concebir la vida limitada y determinada por la debilidad y la miseria en la que vivían; por eso rechazan, desvirtúan y condenan la manera elegante, fuerte, vigorosa y saludable con que los hombres libres valoraban la vida y se valoraban así mismos.

3.1 ASTUCIA Y ENGAÑO

A través de su método genealógico, Nietzsche, ha descubierto que en el comienzo de la historia los que dominaban y creaban los valores eran los aristócratas, es decir los hombres que pertenecían a la nobleza, el que está por sobre los demás, que tiene poder y se permite ciertas libertades y vanidades. Ellos eran quienes haciendo alar de su poder determinaban e imponían los valores, desde su altura

se arrogaban el derecho de crear valores (Nietzsche, 1988, 31). Estos poderosos se sentían y se valoraron a sí mismos y a su obrar como superior, de primer grado contrapuesto a todo lo vulgar y plebeyo.

La historia muestran que al inicio de ella quienes mandaban y decidían lo que había que hacer, cómo se debía hacer y cómo se debían llamar las cosas y las acciones, en fin, quienes decidían sobre el valor de cada cosa eran los fuertes, los dueños, los señores y en consecuencia los débiles, los miedosos, los pobres, los humildes se tenían que someter a sus mandatos. Pero estos en su interior acariciaban el deseo de llegar a ser como sus señores, tener poder, ser fuertes, querían cambiar la historia.

La cruda realidad les impedía cualquier posibilidad de alcanzar esa ilusión, su debilidad, su miedo, los hacía sentir totalmente insignificantes frente a la fortaleza de sus señores, se sintieron incapaces, no podían luchar contra ellos, más sin embargo en su interior persistía la ilusión de alcanzar algún día el poder, por eso en su interior se fue arraigando su frustración en la que más tarde idean una estrategia para alcanzar su sueño de poder y grandeza. Como no podían luchar de frente contra quienes los dominaban, su plan se fue gestando en silencio, a escondidas, clandestinamente.

Esta inversión de la mirada que establece valores - este necesario dirigirse hacia fuera en lugar de volverse hacia sí- forma parte precisamente del resentimiento: para surgir, la moral de los esclavos necesita siempre primero de un mundo opuesto y externo, necesita,

hablando fisiológicamente de estímulos exteriores para poder en absoluto actuar, - su acción es, de raíz, reacción (Nietzsche, 1988, 43)

Este ideal fue creado, según Nietzsche, por un pueblo que durante toda la historia había sido nómada, no tenían un territorio propio por eso fue sometido a la esclavitud y durante tal esclavitud fue donde se ideó el magistral golpe que termino por someter a los poderosos bajo el dominio de los esclavos.

El aporte ingenioso de este plan consistió en la invención de un ser superior todo poderoso, de quien procedía todo lo existente y por tanto se consagraba y se manifestaba como dueño absoluto del mundo. Era el padre creador que los había escogido a ellos como su pueblo elegido, como sus hijos, y él sería quien les daría el poder para lograr la realización de su plan ya que en su condición de padre vengaría la esclavitud y la humillación a la cual habían sido sometidos y a ellos le otorgaría el poder de dominio sobre toda la tierra en recompensa por su fidelidad, sometimiento y obediencia, y además por ser sus hijos predilectos y extender su reino sobre toda la tierra les concedería la vida eterna; pero a quienes no obedezcan sus mandatos, ni se sometan bajo su voluntad serán castigados eternamente.

Así en silencio fueron fortaleciendo y acrecentando en su interior esa estrategia, luego fueron difundiéndolo poco a poco de generación en generación hasta llegar a los apóstoles de Jesús de Nazaret, y especialmente a Pablo, en quien se patentizó claramente ese ideal que lo propago con tal fortaleza hasta lograr

imponer oficialmente ese ideal con el cual se cambió el valor real de los principios y valores morales. Por eso los conceptos de 'bueno' y 'malo' sufrieron un cambio en la concepción de lo que designaban.

Es decir que lo 'bueno', que como hemos visto, designaba al poderoso, al hombre fuerte, al dueño, aquel que tenía voluntad de poder y se imponía por sobre las dificultades de la vida, aquel de expresión altiva y actitud imponente, ahora designa al humilde, al pobre, al obediente, resignado y sumiso, y lo que antes era entendido como 'malo' (es decir, lo débil, lo pobre, enfermo, sumiso, el esclavo), es ahora el bueno, el privilegiado, el bienaventurado.

De este modo lo que se había tenido o valorado como grandioso, superior, elevado y digno de admiración, ahora es valorado y visto como despreciable, maléfico, dañino, y digno de castigo. Se imponen los valores de los esclavos sobre los valores de los señores y a sí se cambia la historia, la casta sacerdotal judía triunfa intimidando a la humanidad con el castigo eterno ejecutado por un ser superior que se presenta como un padre vengador de las humillaciones hechas a los pobres, a los ineptos, despreciables e impotentes que enfrentan la vida con temor y se resignan ante las dificultades esperando la ayuda milagrosa y mágica de un liberador que vendrá majestuosamente a castigar y someter a los poderosos y ensalzar a los que se humillan llevándolos al trono de su reino instalado en un lugar fuera de este mundo.

Esta invención de un mundo fuera del mundo terreno provoca risa y náuseas en un hombre acostumbrado a enfrentar la vida y sus dificultades, con grandeza, con mirada desafiante que se sobrepone a toda dificultad sin bajar la cabeza, sin arrodillarse, que incluso de la misma epidemia saca el antídoto; un hombre de voluntad fuerte que no aprendió a sentir compasión y que está convencido de que lo único realmente existente es éste mundo terreno y fuera de él no hay nada, pues a través de su experiencia de vida y su gran experiencia intelectual ha podido deducir y comprobar hipotéticamente que el mundo futuro que promete el cristianismo es sólo una invención de un pueblo que en su desesperada humillación y esclavitud proyecta sus anhelos y sueños de libertad y grandeza (Lepp, 1963: 167).

Además ha podido comprobar que los conceptos con que fundamentan los principios morales que han logrado imponer no son nada más que la forma como ellos veían la vida desde su debilidad, es decir fruto de su baja autoestima; esos valores sólo representan la forma de sentir y de vivir de unos individuos que carecen de fortaleza y grandeza, que tienen miedo ante la vida y se acostumbran a existir agazapados, sin esforzarse esperan la oportunidad para atacar a los fuertes sin enfrentarlos.

Por eso Nietzsche, considera que los valores vividos por tales hombres son degradantes y despreciables, no son valores verdaderos, ellos no enaltecen la vida, no permiten al hombre desarrollar todo su potencial, le impiden utilizar y

fortalecer sus instintos naturales, antes bien los atrofian; por eso hacen que el hombre cada vez sea más pobre, más resignado, más temeroso hasta que se convence así mismo que no tiene capacidad para sobrevivir y para vencer las dificultades de la vida, y eso es lo que lo hace sentir, experimentar la necesidad de un respaldo, de una ayuda y de una fuerza superior que sólo puede hallar en un ser divino, omnipotente, superior a toda la humanidad que vive y tiene su trono en un lugar que no puede ser el mismo de la humanidad, pues, él es superior y por tanto debe vivir en un lugar privilegiado al cual sólo podrán entrar aquellos que se sometan y se humillen ante él.

El engaño más grande que ha sufrido la humanidad es el establecimiento de semejante idea creada en la imaginación de los oprimidos, que disfrazaron la mentira con un atrayente y deslumbrante velo de sublimidad y divinidad.

¡Basta, basta ya! No es posible continuar viviendo en semejante alucinación, es el momento de ver la vida desde su realidad única, no hay otro mundo fuera de este, por eso los valores que nos deben regir no pueden estar proyectados a otro mundo, eso es un desprecio al mundo real de la existencia; los valores que nos deben regir han de estar arraigados y fundamentados en el aprecio de lo terreno, en el querer de los instintos naturales, en la libertad y autonomía del hombre que no se detiene ante nada, que es capaz de crearse los medios y las formas para alcanzar sus ideales y elevarse hasta la cima de la grandeza humana sin requerir

de medios sobrenaturales, sin tener necesidad del consuelo imaginario de una vida en el más allá.

Los verdaderos valores son los que le permiten al hombre desarrollar plenamente su naturaleza, (entendida en Nietzsche como voluntad de poder), sin restricciones, sin prohibiciones y sin esperanzas superficiales e imaginarias, ellos deben afirmar la vida, pues, ella es el valor por excelencia después de la vida no hay nada, no existe nada, por eso lo que realmente le corresponde al hombre, por su propia naturaleza, es ser creador, creador de valores que afirmen la vida, no que la destruyan creyendo encontrar otra vida.

El hombre debe ser creador de valores, pero de valores que le permitan desplegar toda la fuerza y el potencial de sus instintos sin ninguna restricción, sin ninguna limitación, es decir creador de valores a partir de la voluntad de poder que no privilegia un modo por encima de otro sino que despliega y permite todo aquello que sobre potencie la vida, (y de lo cual continuaremos hablando más adelante).

El hombre debe ser quien gobierne, quien dirija su propia vida sin permitir que nada le restrinja su libertad; él es el único dueño de sí, el único capaz de vencerse a sí mismo y de alcanzar las más elevadas cimas de la grandeza de la vida, de las que se ha visto privado por culpa de ese ideal reinante que atrofia los sentidos y

calumniando al mundo lo descalifica, lo desvirtúa, y odiándolo cree y espera otro mejor. Así es como la humanidad, como el hombre ha caído al abismo profundo de la miseria y de la enfermedad más destructora que haya existido.

Por eso es necesario que surja un nuevo ideal, o mejor, que surja un nuevo hombre que se levante de esa ruina, que siendo exigente consigo mismo escale ese abismo hasta alcanzar la plena libertad. De este ideal de hombre, dice Nietzsche, es que debe salir el “superhombre” capaz de vencer todo el ideal moral reinante.

¿A quién dirigirse hoy con tales esperanzas y pretensiones?... Tendríamos contra nosotros justo a los hombres buenos: y demás, como es obvio, a los hombres cómodos, a los reconciliados, a los vanidosos, a los soñadores, a los cansados... ¿Qué cosa ofende más hondamente, qué cosa divide más radicalmente que el hacer notar algo del rigor y de la elevación con que uno se trata a sí mismo? Y, por otro lado -¡qué complaciente, qué afectuoso se muestra todo el mundo con nosotros tan pronto como hacemos lo que hace todo el mundo y nos dejamos llevar como todo el mundo!... Para lograr aquel fin se necesitaría una especie de espíritus distinta de los que son probables cabalmente en ésta época: espíritus fortalecidos por guerras y victorias, a quienes la conquista, la aventura, el peligro e incluso el dolor se les hayan convertido en una necesidad imperiosa; se necesitaría para ello estar acostumbrados al aire cortante de las alturas, a las caminatas invernales, al hielo y a las montañas en todo sentido, y se necesitaría a demás una especie de sublime maldad, una última y auto segurísima petulancia del conocimiento, que forma parte de la gran salud, ¡se necesitaría cabalmente, para decirlo pronto y mal, esa gran salud!... Pero hoy ¿es ésta posible siquiera?... Alguna vez, sin embargo, en una época más fuerte que este presente corrompido, que duda de sí mismo, tiene que venir a nosotros el hombre redentor, el hombre del gran amor y del gran desprecio, el espíritu creador, al que su fuerza impulsiva aleja una y otra vez de todo apartamiento y todo más allá, cuya soledad es malentendida por el pueblo como si fuera una huida de la realidad:- siendo así que constituye un hundirse, un enterrarse, un profundizar en la realidad, para extraer alguna vez de ella, cuando retorne a la luz, la

redención de la misma, su redención de la maldición que el ideal existente hasta ahora ha lanzado sobre ella. Este hombre del futuro, que nos liberará del ideal existente hasta ahora y así mismo de lo que tuvo que nacer de él, de la gran náusea, de la voluntad de la nada, del nihilismo, ese toque de campana del medio día y de la gran decisión, que de nuevo libera la voluntad, que devuelve a la tierra su meta y al hombre su esperanza, ese anticristo y anti nihilista, ese vencedor de Dios y de la nada –alguna vez tiene que llegar. (Nietzsche, 1988, 109 – 110)

Al proponer la disolución de todo el sistema axiológico que, según él, se fundamenta en valores y conceptos no verdaderos, Nietzsche pretende el regreso a los valores primeros inventados por la nobleza los cuales propician el desarrollo de la voluntad de poder la cual da la capacidad al hombre de tomar el destino de su propia vida y dirigirla hacia lo más elevado y grandioso del ser humano donde alcanza su verdadera libertad. Es una transvaloración que está hecha respecto a una transposición inicial que ha truncado la voluntad de poder como fuerza y a exaltado la voluntad como compasión, pero la voluntad de poder en cuanto sobrepotenciación retorna a sí misma (Heidegger, 2000, 230)

Pues esa voluntad de poder es la capacidad que alienta y le permite al hombre sobreponerse a todas las dificultades de la vida, luchando sin sometimientos, creando sus propios valores, sin resignarse ante nada, y desarrollando toda la capacidad de sus instintos naturales, pues según cree, cuando el hombre desarrolla todos sus instintos, hasta los más salvajes, sin ninguna restricción o

limitación es que puede alcanzar el vuelo para elevarse hasta la cima de lo más grandioso de la libertad e independencia humana desde donde puede observar con toda satisfacción la miseria en la que permanecía atado.

Esta propuesta lleva consigo un desprecio excesivo por todo lo débil y pobre, y encarna un gran odio por todo aquello que se resigna ante las dificultades esperando una oportunidad mejor, por todo aquello que es obediente que se somete y se arrodilla frente a invenciones de carácter trascendental, no hay nada que le cause más risa y náuseas que aquellos que se esclavizan bajo el ideal de un mundo mejor después de la muerte. Lo único que hay y que verdaderamente existe es la vida, después de ella no hay nada, y sólo son dignos de ella los que luchan con abnegación, con constancia, sin desmayar, sin esperar consideraciones y lastimas, sino venciendo toda dificultad y toda enfermedad con valentía y seguridad en sí mismo.

A sí pues vemos que, según Nietzsche, hay dos tipos de moral: una de carácter ascendente, de la vida poderosa, fuerte, que es propia de los señores, y la otra de carácter descendente es decir de la vida impotente y débil, propia de los esclavos.

El primer tipo de moral es el que debe prevalecer, el que se debe imponer y debe reinar, de modo que hay que eliminar la moral descendente porque empobrece, degenera y daña la vitalidad de la humanidad, ella solo considera y fomenta la pobreza, la debilidad, la enfermedad, la obediencia, la humildad, pues, ella nació

de allí en la esclavitud, en la pobreza y en el miedo, y por su naturaleza odia todo lo fuerte que se provee a sí mismo su libertad. Ella es sólo el resultado de un odio reprimido que se traduce luego en deseo de venganza patentizando en el ideal cristiano que fue gestado en la casta sacerdotal Judía que por su natural condición de pastores y cuidadores de ovejas, que sufrían el destierro y la esclavitud, y por lo cual su ideal responde a esas características de rebaño obediente y pastores protectores.

3.1.1 Venganza contra el mundo

La invención de la cultura judía perfeccionada por el cristianismo, con el que llega a su culmen, semejante ingenio gestado en el silencio y la clandestinidad por el temor de unos seres tan débiles e impotentes, ha sido el triunfo de los esclavos sobre los señores, es una venganza esperada por muchas generaciones.

Nietzsche considera que los sentimientos que no se dejan aflorar, que no se les permite salir a la luz, se van acumulando en el interior y allí van carcomiendo el interior del hombre; la acumulación de sentimientos reprimidos es como aguas acumuladas que se represan y por su fuerza natural buscan una salida hasta que finalmente rompen las barreras causando estragos inesperados y catastróficos. Eso fue lo que pasó con los judíos, quienes al no poder calmar la rabia, el repudio

contra quienes los esclavizaban, dejaron acumular en su interior esos sentimientos de rabia e impotencia hasta que se convirtieron en un veneno que se propago por toda la humanidad causando enormes estragos axiológicos que terminaron por poner el mundo patas arriba.

Todo ese proceso de la invención judía, de la cual ya hemos hablado, no es más que la venganza contra el mundo, el cual para los judíos es la representación de todo lo malo, perverso y dañino para el alma humana que al parecer es la única existente, la cual sufre por las tentaciones que le ofrece el mundo impidiéndole alcanzar la verdadera liberación, que encontrará o que está en el mundo divino después de la muerte y del cual sólo podrá disfrutar plenamente cuando se libere totalmente de éste mundo.

Por eso Nietzsche ha llamado también, a este ideal, una “calumnia contra el mundo”; lo que piensan los judíos y los cristianos contra el mundo es un error, una equivocación, un engaño. Por el contrario es en este mundo donde podremos alcanzar la verdadera libertad, sólo aquí podrá el hombre desarrollar y disfrutar de su grandeza, es aquí donde está su felicidad; lo que pasa es que sólo puede acceder a ella quien tiene la capacidad y la fortaleza de luchar y trabajar por construir su propio ideal, haciendo de sus mismas limitaciones, problemas y enfermedades los medios adecuados y propicios para edificar y alcanzar sus sueños y sus más sublimes aspiraciones.

El resultado y el sentido de la influencia del ideal judeo–cristiano, es solo el efecto lógico de un sentimiento de venganza reprimido que al acumularse al máximo explotó expandiéndose en un contagio inevitable que alcanzó a toda la humanidad, y con tal impacto logró crear una nueva etapa de la vida humana marcada por la mala conciencia.

Los sacerdotes son, como es sabido, los enemigos más malvados - ¿por qué? Porque son los más impotentes. A causa de esa impotencia el odio crece en ellos hasta convertirse en algo monstruoso y siniestro, en lo más espiritual y más venenoso. Los máximos odiadores de la historia universal, también los odiadores más ricos de espíritu, han sido siempre sacerdotes – comparado con el espíritu de la venganza sacerdotal, apenas cuenta ningún otro espíritu. La historia humana sería una cosa demasiado estúpida sin el espíritu que los impotentes han introducido en ella: -tomemos enseguida el máximo ejemplo. Nada de lo que en la tierra se ha hecho contra los nobles, los violentos los señores, los poderosos, merece ser mencionado si se lo compara con lo que los judíos han hecho contra ellos: los judíos ese pueblo sacerdotal, que no ha sabido tomar satisfacción de sus enemigos y dominadores más que con una radical transvaloración de los valores propios de éstos, es decir, por un acto de la más espiritual venganza. (Nietzsche, 1988, 39)

3.1.2 Rebelión de los esclavos

Ya hemos visto que todo el sistema axiológico dominante de la humanidad se ha desarrollado con la antítesis “bueno” y “malo” dado en la relación entre dos castas que se disputan el poder y en el cual resultó vencedora la casta débil, vulgar y cobarde imponiendo sus condiciones a los señores que por naturaleza eran los fuertes. El que los débiles venzan a los fuertes no deja de parecer una verdadera

contradicción, la cual se explica por los efectos lógicos de una reacción psicológica natural ante la represión de los sentimientos.

Los sentimientos de inferioridad de explotación, maltrato, ofensa y humillación, experimentados por la casta dominada, es decir los esclavos, que al no poder manifestar o expresar su sentir, fueron conformando otro sentimiento más siniestro y peligros, el cual fermentó todo un ideal aplicado con estrategias muy discretas, para que la casta superior no se diera cuenta y por tanto no tuviera tiempo de reaccionar. Es decir que no lucharon de frente, como los fuertes, sino que fue una guerra clandestina, no declara, por eso la llama cobarde, pues los fuertes resultaron vencidos casi sin darse cuenta.

Han sido los judíos los que, con una consecuencia lógica aterradora, se han atrevido a invertir la identificación aristocrática de los valores (/bueno = noble = poderoso = bello = feliz = amado de Dios) y han mantenido con los dientes del odio más abismal (el odio de la impotencia) esa inversión a saber, “¡los miserables son los buenos; los pobres, los impotentes, los bajos son los únicos buenos; los que sufren, los indigentes, los enfermos, los deformes, son también los únicos piadosos, los únicos benditos hijos de Dios, únicamente para ellos existe bienaventuranzas, - en cambio vosotros, vosotros los nobles y violentos, vosotros sois, por toda la eternidad, los malvados, los crueles, los lascivos, los insaciables, los ateos, y vosotros seréis también eternamente los desventurados, los malditos y condenados!...” se sabe quien a recogido la herencia de esa transvaloración judía... a propósito de la iniciativa y desmesuradamente funesta asumida por los judíos con esta declaración de guerra, la más radical de todas, recuerdo la frase que escribí en otra ocasión (más allá del bien y del mal pág. 118) – a saber, que con los judíos comienza la moral la rebelión de los esclavos: esa rebelión que tiene tras sí una historia bimilenaria y que hoy nosotros hemos perdido de vista tan solo porque – ha resultado vencedora. (Nietzsche, 1988, 39-40)

Pero toda esta historia del ideal Judío, según Nietzsche, cumplió con un gran trabajo y con su ingenio contribuyó con el ensamblaje de una máscara que cubrió

y ocultó todo el pasado vergonzoso de la historia humana, no hubo pueblo alguno que tuviera misión más grande que aquella cumplida por el pueblo Judío, que embelleciendo su resentimiento logró cambiar todos los valores auténticos, sobrevalorando los propios y poniéndolos en su lugar. Cambia la historia, perfecciona el proceso de civilización y ocultando igualmente toda la crueldad con que se inició tal proceso en el que se domestica al hombre para hacerlo más interesante creándole una capacidad de recordar y memorizar, una conciencia y una razón.

3.2 PROCESO Y CREACIÓN DE LA MALA CONCIENCIA

El problema de la memoria y el olvido en su relación con el sentimiento de deuda creado en la relación entre un acreedor y un deudor de la que luego se crea el sentimiento de culpa con la que se crea una interioridad en el hombre a la que se le llamó conciencia y en la que se creía que era la auténtica voz de un ser superior al que se le llamó Dios omnipotente creador y dueño del mudo y de todo lo existente, que según Nietzsche, fue el más grande ingenio de la astucia judía.

A partir de dichas relaciones podemos ir conociendo la relación que Nietzsche hace entre la mala conciencia con respecto de la memoria y del olvido, como facultades de las cuales el ideal judío hizo derivar un sentimiento morboso que trataré de presentar hasta llegar a la concepción propia sobre la mala conciencia.

De la relación acreedor–deudor nace un sentimiento en la interioridad del hombre que debe, y por sentirse en deuda con su señor nace el sentimiento que se conoció con el nombre de culpa. Pero todo este sentimiento fue creado a partir del sufrimiento y del daño que el acreedor causaba en el cuerpo del deudor como una manera de cobrarle o hacerle pagar la deuda que tenía con él, era como una recompensa por lo que él le había prestado.

El hombre, en el comienzo de la historia, olvidaba con facilidad sus promesas y para que cumpliera con la promesa de pagar era necesario crearle una memoria, cosa que sólo se logra a través del sufrimiento.

En el recorrido genealógico sobre la moral podemos analizar la sustentación hipotética que hace Nietzsche sobre la creación de la memoria y de la conciencia humana la cual, según él, no nació mágicamente, ni fue creada por un Dios todo poderoso, no es algo innato en el hombre, ella es solo el resultado de un proceso doloroso realizado por el hombre mismo a fin de crearse una capacidad de recordar las promesas hechas y poder pagar así las deudas o promesas pactadas. Para Nietzsche lo más natural en el hombre no es la memoria, lo más natural y auténtico en él es la capacidad de olvidar, el olvido es anterior a la memoria, lo primero en el hombre es la facultad de olvidar.

El hombre es un animal del instante lleno de afectos contrapuestos que lo arrastran de un lado a otro, y en él la capacidad de olvido es una fuerza activa y

una forma de salud vigorosa, y por tanto es difícil crearle una memoria, ¿cómo lograrlo?, Solo hay una forma de hacerlo, y es causando daño, pues solo lo que no cesa de doler permanece en la memoria, y a eso es a lo que se le ha llamado conciencia, en la que más tarde se crea la “mala conciencia” a partir del sentimiento de culpa, pero no como una responsabilidad moral, sino con relación al tener una deuda originada entre acreedor–deudor, relación en la que el acreedor se otorga el derecho de castigar cruelmente al deudor cuando éste no ha restablecido o no ha cumplido con su deuda o con su responsabilidad.

Por eso el deudor al no poder descargar hacia fuera sus sentimientos, por su incapacidad ante el acreedor, los descarga hacia dentro formando una interioridad, y es allí precisamente en esa interioridad, y desde la relación acreedor – deudor, donde nace, donde se crea la imagen de un Dios; los dioses deben su origen al sentimiento de deuda y de culpa adquirido en el inicio histórico con la relación entre un acreedor y un deudor.

3.2.1 Memoria y olvido

En el ser humano actúan dos fuerzas antitéticas, fundamentales en su potencial intelectual, y que conocemos como la capacidad de olvido y la capacidad de recuerdo o memorización. Para Nietzsche la capacidad de olvido es una guardiana que preserva el orden anímico y la tranquilidad y sin la cual no puede haber

ninguna felicidad, ninguna jovialidad, ninguna esperanza, ningún orgullo; es una capacidad innata en el hombre, es uno de sus instintos salvajes y auténticos, contra lo que hubo que luchar a fin de crear en él, es decir en el hombre, una capacidad contraria que le permitiese recordar algunas de sus acciones, acontecimientos y compromisos.

Precisamente este animal olvidadizo por necesidad, en el que el olvidar representa una fuerza, una forma de la salud vigorosa, ha criado en sí una facultad opuesta a aquella, una memoria con cuya ayuda la capacidad de olvido queda en suspenso en algunos casos, - a saber, en los casos en que hay que hacer promesas; por tanto, no es, el modo alguno, tan sólo un pasivo no - poder - volver - a liberarse de la impresión grabada una vez, no están solo la indigestión de una palabra empeñada una vez, de la que uno no se desembaraza, sino que es un activo no - querer - volver - a - liberarse, un seguir y seguir queriendo lo querido una vez, una auténtica memoria de la voluntad, de tal modo que entre el originario "yo quiero", "yo aré" y la auténtica descarga de la voluntad, su acto, resulta lícito interponer tranquilamente un mundo de cosas, circunstancias e incluso actos de voluntad nuevos y extraños, sin que esa larga de la voluntad salte. Más ¡cuántas cosas presuponen todo esto! (Nietzsche, 1988, 66)

Esta tarea de criar un animal al que le fuera lícito hacer promesas, fue un auténtico trabajo del hombre sobre sí mismo, realizado sobre un largo período, al que Nietzsche ha llamado "la eticidad de la costumbre", le ha permitido crear una cierta conciencia de poder sobre sí y sobre el destino que luego se estableció como un instinto dominante. Pero ¿cómo llevar a cabo esta tarea? Era preciso encontrar mecanismos que garantizaran tal objetivo, todo un proceso que fuera creando poco a poco una capacidad impresionante, que se desarrollara

constantemente hasta culminar en la razón, diferenciándolo completamente de los demás animales.

¿Cómo hacerle una memoria al animal – hombre? ¿Cómo imprimir algo en este entendimiento del instante, entendimiento en parte obtuso, en parte aturdido, en esta capacidad de olvido, de tal manera que permanezca siempre presente?... puede imaginarse que este antiquísimo problema no fue resultado precisamente con respuestas y medios delicados; tal vez no haya, en la entera prehistoria del hombre, nada más terrible y siniestro que su mnemotécnica. Para que algo permanezca en la memoria se lo graba a fuego; sólo lo que no cesa de doler permanece en la memoria – éste es un axioma de la psicología más antigua (por desgracia también la más prolongada) que ha existido sobre la tierra. (...) en cierto sentido toda la ascética pertenece a este campo: unas cuantas ideas deben volverse imborrables, omnipresentes, inolvidables, fijas, con la finalidad de que todo el sistema nervioso e intelectual quede hipnotizado por tales ideas fijas –y los procedimientos ascéticos y las formas de vida ascéticas son medios para impedir que aquellas ideas entren en concurrencia con todas las demás, para volverlas inolvidables. Cuanto peor ha estado de memoria la humanidad, tanto más horroroso es siempre el aspecto que ofrece sus usos; en particular las leyes penales nos revelan cuánto esfuerzo le costaba a la humanidad lograr la victoria contra la capacidad de olvido y mantener presentes, a estos instantáneos esclavos de los afectos y de la concupiscencia, una cuantas exigencias primitivas de la convivencia social. (...) – y ¡realmente!, ¡Con ayuda de esta especie de memoria se acabo por llegar “a la razón”! – Ay, la razón, la seriedad, el dominio de los afectos, todo ese sombrío asunto que se llama reflexión, todos esos privilegios y adornos del hombre: ¡qué caros se han hechos pagar!, ¡Cuánta sangre y horror hay en el fondo de todas las “cosas buenas”! (Nietzsche, 1988, 69-71)

3.2.2 Sentimiento de culpa

El sentimiento de culpa nace en la relación entre acreedor y deudor, y que por ende nos remite a las formas básicas de compra y venta, cambio, comercio y tráfico dadas en la sociedad más antigua que permitió tales relaciones. Es decir que el sentimiento de culpa nació con la idea de una equivalencia entre perjuicio y valor, dada por el hecho de que en lugar de una compensación en dinero, tierra, posesiones de alguna especie, al acreedor se le permite recibir como recompensa

o restitución del no pago de la deuda adquirida por su deudor, una especie de “sentimiento de bienestar” propio del hombre al que le es lícito descargar su poder sin ningún escrúpulo sobre un impotente.

De esta manera Nietzsche ve constituir la compensación, en una remisión y en un derecho a la crueldad, es decir que en el ámbito del derecho, de las obligaciones nace el concepto moral de la culpa, que surgió como una especie de “conciencia” de “deber” y santidad del mismo, siendo así que su nacimiento al igual que todas las cosas grandes de la vida se gesta en la crueldad y por eso dice “yo he apuntado con dedo cauteloso, hacía la espiritualización y “divinización” siempre creciente de la crueldad que constituye la cultura superior – como el hogar nativo de este concepto moral.

El sentimiento de la culpa (Schuld), de la obligación personal, para volver a tomar el curso de nuestras investigaciones, a tenido su origen, como hemos visto en la más antigua y originaria relación personal que existe en la relación entre compradores y vendedores, acreedores y deudores: fue aquí donde por vez primera se enfrentó la persona a la persona, fue aquí donde por vez primera las personas se midieron entre sí. Aún no se ha encontrado ningún grado de civilización tan bajo que no sea posible observar ya en él algo de esa relación. Fijar precios, tasar valores, imaginar equivalentes, cambiar – esto preocupó de tal manera al más antiguo pensamiento del hombre, que constituye, en cierto sentido el pensar: aquí se cultivó la más antigua especie de perspicacia, aquí se podría sospechar igualmente que estuvo el germen primero del orgullo humano, de su sentimiento de preeminencia respecto a otros animales. (Nietzsche, 1988, 80)

3.2.3 La justicia

En esta misma esfera de las relaciones “acreedor–deudor”, en las que se dio la idea de una equivalencia entre perjuicio y dolor, sufrimiento y satisfacción. Se desarrolla y se plasma la idea de la justicia que brota de los sentimientos de intercambio, contrato, deuda, derecho, obligación y compensación, creados en las relaciones anteriormente citadas, y que se fueron traspasando al derecho personal que con el hábito de comparar, medir y tasar poder con poder se avanza hasta la generalización del “todo tiene su precio”, “todo puede ser pagado”.

El más antiguo e ingenuo canon moral de la justicia, el, comienzo de toda “bondad de ánimo”, de toda “equidad”, de toda “buena voluntad”, de toda “objetividad” en la tierra. La justicia en este primer nivel, es la buena voluntad, entre hombres de poder aproximadamente igual, de ponerse de acuerdo entre sí, de volver a entenderse mediante un compromiso – y, con relación a los menos poderosos de forzar a un compromiso a esos hombres situados por debajo de uno mismo. (Nietzsche, 1988, 81)

Esta idea de la justicia se va cambiando mediante la evolución dada en la humanidad y el acreedor se vuelve siempre más humano en la medida en que se va enriqueciendo más en su capacidad de soportar más perjuicios sin padecer por ellos. Nietzsche desea que el hombre llegue a obtener una capacidad tal en la que en virtud de su fortaleza y poder pueda despreciar a sus deudores sin que le importe tan siquiera que ellos progresen.

La justicia, que comenzó con “todo es pagable, todo tiene que ser pagado”, acaba por hacer la vista gorda y dejar escapar al insolvente, - acaba, como toda cosa buena en la tierra, suprimiéndose así misma. Esta auto supresión de la justicia: sabido es con qué hermoso nombre se le denomina – gracia; está continúa siendo, como ya se entiende de suyo, el privilegio del más poderoso,

mejor a aún su más-allá del derecho (...)- Digamos aquí unas palabras de rechazo contra ciertos ensayos recientemente aparecidos de buscar el origen de la moral en un terreno completamente distinto, - a saber, en el terreno del resentimiento. Antes digamos una cosa al oído de los psicólogos, suponiendo que éstos hayan de sentir placer en estudiar otra vez de cerca el resentimiento: donde mejor florece ahora esa planta es entre anarquistas y antisemitas, de igual manera, por lo demás ha como siempre a florecido, es decir, en lo oculto, parecida a la violeta aunque con distinto perfume. (Nietzsche, 1988, 83)

3.2.4 La mala conciencia

Como hemos visto para Nietzsche el verdadero origen de la moral no es el resentimiento, no fueron los “buenos” quienes la crearon, fueron los fuertes, los arrogantes, los aristócratas. El resentimiento de los esclavos lo que hizo fue cambiar los valores auténticos, y en ello consiste el surgimiento de la mala conciencia, en la actitud moral de los esclavos y resentidos que quitando el valor auténtico ponen en su lugar su baja autoestima como base de sus valores determinados a su vez por una sumisión y apoyada en el sentimiento de culpa, de modo que sus valores sólo son un reflejo de su estado de impotencia y resentimiento, sobre puestos al origen real de la moral.

Por esto ha sido un hecho en todos los tiempos que el hombre agresivo, por ser el más fuerte, el más valeroso, el más noble, ha poseído también un ojo más libre, una conciencia más buena, y, por el contrario ya se adivina quién es el que tiene sobre su conciencia la invención de “la mala conciencia”, -¡el hombre del resentimiento! (Nietzsche, 1988, 85)

Volvemos aquí a lo que habíamos hablado sobre el resentimiento de la casta judía. La incapacidad de desahogar los sentimientos, de manifestar abiertamente

la cólera, la indignación, la imposibilidad de descargar inmediatamente toda la furia de los instintos que se repressa en el interior convirtiéndose en una fuerza destructora que golpea violentamente en el interior de quien ha reprimido sus instintos, hasta brotar, saltar a la luz, pero transformada en un sentimiento dañino y contagioso. Ese “golpear interior” de reproche o satisfacción, según valore su acción, al cual se le ha llamado y se ha creído que es la voz de Dios, que acusa y condena, pero que según Nietzsche es sólo una consecuencia psicológica de la represión o auto supresión de los sentimientos y de los instintos.

Todos los instintos que no se desahogan hacia fuera se vuelven hacia dentro – esto es lo que yo llamo la interiorización del hombre: únicamente con esto se desarrolla en él lo que más tarde se denomina su “alma”. Todo el mundo interior, originariamente delgado, como encerrado entre dos pieles, fue separándose y creciendo, fue adquiriendo profundidad, anchura, altura, en la medida que el desahogo del hombre fue quedando inhibido. (...), La enemistad, la crueldad, el placer en la persecución, en la agresión, en el cambio, en la destrucción –todo esto vuelto contra el poseedor de tales instintos: ése es el origen de “la mala conciencia”. (...). Pero con ella se había introducido la dolencia más grande, la más siniestra, una dolencia de la que la humanidad no se ha curado hasta hoy, el sufrimiento del hombre por el hombre, por sí mismo: resultado de una separación violenta de su pasado de animal, resultado de un salto y una caída, por así decirlo, en nuevas condiciones y en nuevas situaciones de existencia, resultado de una declaración de guerra contra los viejos instintos en los que hasta ese momento reposaban su fuerza, su placer y su fecundidad. (Nietzsche, 1988, 96-97)

Todo esto permite ver que el moralismo social transforma al hombre en previsible y, por tanto, en gobernable, es susceptible de manipulación y alienación. La ejemplaridad de los castigos y la memorización de las sanciones permiten sojuzgar al hombre, que conserva en la memoria sus promesas negativas, (“yo no haré esto” o “yo no quiero”) con el fin de beneficiarse de las ventajas

compensatorias de la sumisión que le ofrece la sociedad. Más que ser amo de los demás, de dominar a los demás, para Nietzsche, es hacer que el hombre sea el libre amo de sí mismo y de sus promesas, que tenga poder sobre sí mismo, que se auto domine y no de que la voluntad de poder se ejerza ciegamente sobre el otro.

Faltas, deudas, dolores y daños son equivalentes: hay compensación y, por lo tanto, una invitación a la crueldad entre el acreedor y el deudor a quien se le impone la “memoria” de lo que promete, como una manera de obligarle. Esta compensación es el resultado de una estimación y funda juicios de valor. La memoria de la promesa permite fundar la “mala conciencia” y el sentimiento de culpabilidad. El ser humano expulsa su rebeldía y lo pone contra él mismo, impidiendo que sus instintos se liberen. Los poderosos imponen así fácilmente su justicia.

3.3 IDEAL ASCÉTICO

Conociendo ya lo que Nietzsche descubrió con su hipotético método genealógico respecto de la procedencia de la conciencia y la razón humana con lo que se niega la intervención divina, al menos directa, en la creación del sentir interno del hombre, a lo cual se le ha llamado conciencia, valorado generalmente como lo

más íntimo, lo más sagrado, lo inviolable, y tenido o considerado como el recinto de la más absoluta libertad individual.

“Truenos, relámpagos”, saltan pedazos, caen muros, se derrumban imponentes monumentos, nos hemos adentrado en la profundidad de lo más oculto y prohibido; ¿Si la conciencia fue una auténtica creación humana, y solamente humana, para qué sirven los ideales que allí se arraigan?

La humanidad ha estado segura que la conciencia es la voz de Dios y muchos han creído escuchar en ella una orden de abstinencia y sacrificio, para superar el dolor, la angustia, el terror de la vida y poder llegar a su plena libertad, a su plena felicidad; con ello le dan sentido al espantoso vértigo del estar frente al abismo que se cierne entre la vida y la muerte. Pero si la conciencia no es la voz de Dios semejante ideal se destruye.

Lo anterior nos permite deducir que el ideal ascético, del cual habla Nietzsche en el tercer tratado de su Genealogía, (ideal que ha sido asumido hasta por artistas y filósofos), ha sido aceptado y asumido, pero a falta de otra opción, de otro ideal, y no por que hubiese sido una determinación divina, sino por que permitía superar la náusea y el espanto del sin sentido de la vida, permitía escapar de una tortura. Ese ideal fue asumido por los filósofos, pues, dice Nietzsche que ese ideal les permitía afirmar su propia existencia.

¿Qué significa, pues, el ideal ascético en un filósofo? Mi respuesta – hace tiempo que se la habrá adivinado- es: al contemplarlo, el filósofo sonríe a un

optimum de condiciones de las más altas y osada espiritualidad, -con ello no niega la existencia, antes bien, en ello afirma su existencia y sólo su existencia, y esto acaso hasta el punto de no andarle lejos este deseo criminal: pereat mundus, fiat philosophia, fiat philosophus fiam... [Perezca el mundo, hágase la filosofía, hágase el filósofo, hágame yo. (Nietzsche, 1988, 125)

El ideal ascético propone la vivencia de la pobreza, la humildad y la castidad, basándose en la moral de la compasión que las presenta como virtudes para aniquilar las pasiones, “que pervierten al hombre”, por eso es una moral que se ensaña contra la naturaleza, quiere enferma, debilitar y castrar la humanidad.

Casi toda moral hasta ahora enseñada, venerada y predicada se dirige, por el contrario, precisamente contra los instintos de la vida, - es una condena, a veces encubierta, a veces ruidosa e insolente, de esos instintos. Al decir Dios ve el corazón, la moral dice no a los apetitos más bajos y más altos de la vida y considera a Dios enemigo de la vida... El santo en el que Dios tiene su complacencia es el castrado ideal... La vida acaba donde comienza el reino de Dios. (Nietzsche. 1982, 21)

La contemplación ascética reemplaza el instinto sexual y lo anestesia, el elevarse en una contemplación mística mantiene adormecidos todos los instintos. Este ascetismo es una vía hacia la independencia, hacia la liberación, pero igualmente bloquea la expresión natural de la vida. Es una especie de elevación, de liberación del espíritu, a costa del hundimiento de lo corporal, de lo físico.

El ideal ascético domina a los que sufren, alivia el dolor de su sufrimiento; el individuo “enfermo” esta en afinidad con los demás “desheredados” a quienes el culpabiliza responsabilizándolos de su propia desgracia. Él les “prescribe” la idea

de liberación como un hipnótico propio, desviando la atención de su sufrimiento lo cual también podría hacer mediante el trabajo.

El sacerdote otorga a sus “enfermos” un semblante de consolación predicando el amor al prójimo. Los débiles se reagrupan en “rebaños”, dándose así la apariencia de un cierto poder sostenido por su “pequeña alegría” tranquilizadora y alienante de la mutua benevolencia, pero obstruyendo la rebelión de los instintos naturales.

Su esperanza esta puesta en el “reino de los cielos”, cuando llegue finalmente a Dios y pueda contemplar su rostro, terminará su angustia, cesará su sufrimiento y podrá gozar de la paz y de la felicidad perpetuamente. Por eso vale la pena soportar tanto sufrimiento, tanto dolor hacer grandes sacrificios, entre más grande sea el sacrificio mayor será el premio.

El hombre se aferra a la creencia de la verdad, pero “nada es verdad y todo está permitido” a los espíritus libres. La búsqueda moral permanece a pesar de todo, en una búsqueda de la verdad. Pues el hombre libre es él mismo el creador de los valores morales, de sus propios valores, como un artista que sabe manejar la apariencia, y la distorsión visual.

CAPITULO IV

VALOR Y VALORACIÓN

Ya hemos dicho, en el primer capítulo, que Nietzsche interpretó la filosofía como una actitud frente a los valores de lo cual se deduce que para él el valor está a la base de las concepciones e interpretaciones del mundo.

Todo se ha valorado a partir del valor mismo que se le da a las cosas, las cosas valen por el valor que les da quienes las valora, no por su realidad; el mundo se ha valorado y juzgado a partir del valor que le daba la concepción cristiana dominante y tradicional, que como cree en la existencia de un mundo más allá de la muerte, cree en un mundo fuera de éste mundo real que según tal visión es efímero, mientras su “otro mundo” es eterno, y ese “otro mundo” es el verdaderamente existente y real.

El mundo real y natural para ellos es sólo una realidad temporal, momentánea e ilusoria, por tanto a éste mundo natural se le concede un valor secundario, un subvalor que se supedita al valor supremo que tiene su mundo eterno del más allá de la muerte biológica, que llama mundo verdadero, y con la cual a otorgado un sobrevalor a lo aparente y a todo lo que debilita y empobrece la vida.

A partir de esta concepción es que se han establecido todos los valores con los cuales se hacen juicios de valor y el valor propio de esos juicios se ha cimentado a partir de su concordancia con la verdad o falsedad que esconde sus raíces

precisamente en la concepción y valor que se le ha dado al mundo al que ellos han llamado mundo verdadero y que para Nietzsche es aparente, imaginario, e inexistente. Todo esto constituye una castración a los instintos que favorecen la vida; es un elegir la nada en vez de la vida.

Dicho una vez más: este instinto depresivo y contagioso obstaculiza aquellos instintos que tienden a la conservación y a la elevación de valor de la vida: tanto como multiplicador de la miseria cuanto como conservador de todo lo miserable es un instrumento capital para la intensificación de *décadence* -¡la compasión persuade a entregarse a la nada!... No se dice nada: se dice, en lugar, más allá; o Dios; o la vida verdadera; o nirvana, redención, bienaventuranza... Esta inocente retórica, nacida del reino de la idiosincrasia religioso-moral, aparece mucho menos inocente tan pronto como se comprende cuál es la tendencia que aquí se envuelve en el manto de palabras sublimes: la tendencia hostil a la vida. (Nietzsche, 2000, 36)

Nietzsche dice que el valor de un juicio no está en su veracidad o en su falsedad, sino en el favorecimiento de la vida, es decir que la validez de un juicio depende exactamente de la concepción de la vida que hay en él. Si niega la vida, si la rechaza o favorece los instintos de decadencia, de pesimismo, de debilidad, de resignación no merece o no es digno de valoración, no puede ser tenido como valor, pues su valor precisamente debe favorecer y enaltecer los instintos de lucha, de fortaleza, de poder que se levantan de la enfermedad y se elevan a una distancia donde no son alcanzados por sentimientos ruines y pasivos que empobrecen y degeneran la vida.

La falsedad de un juicio no es para nosotros una objeción contra el mismo; acaso sea en esto en lo que más extraño suene nuestro nuevo lenguaje. La cuestión está en saber hasta qué punto ese juicio favorece la vida, conserva la

vida, conserva la especie, quizás incluso seleccione la especie; y nosotros estamos inclinados por principio a afirmar que los juicios más falsos, son los más imprescindibles para nosotros, que el hombre no podría vivir sino admitiese las ficciones lógicas, sino admitiese la realidad con la medida del mundo puramente inventado. (Nietzsche, 1975, 24)

Nuestras valoraciones no pueden continuar basadas en un simple enjuiciamiento sobre si son verdaderas o falsas, pues ¿qué pasaría si lo verdadero resulta siendo realmente lo falso? De ahora en adelante las valoraciones preguntaran por el valor de la voluntad de quien juzga y no por la simplicidad de verdad o mentira. De ahora en adelante nuestras valoraciones deben favorecer la vida y fomentarse a partir de ella misma.

Cuando hablamos de valores, lo hacemos bajo la inspiración, bajo la óptica de la vida: la vida misma es la que nos constriñe a establecer valores, la vida misma es la que valora a través de nosotros cuando establecemos valores... de aquí se sigue que también aquella contra naturaleza consistente en una moral que concibe a Dios, como concepto antitético como condena de la vida es tan solo un juicio de valor de la vida - ¿de qué vida? ¿De qué especie de vida?- pero ya he dado la respuesta: de la vida descendente, debilitada, cansada, condenada. (Nietzsche, 1988, 57)

Los juicios son siempre subjetivos, su valor depende de la voluntad de quien valora, y el valor de dicha voluntad depende de la línea que ha seguido de la vida, es decir que si esa voluntad viene de la línea descendente o ascendente de la vida, de sí se arraiga en unas condiciones pobres, “enfermos” y débiles, o por el contrario en condiciones fuertes, vigorosas y saludables que dicen sí a la vida.

Lo que se determina con el concepto de verdad no puede ser, para Nietzsche según comenta Lepp Ignace en su libro Psicoanálisis del ateísmo moderno, el

valor de las cosas, pues la verdad sólo tiene valor en la medida que es eficaz, y ciertamente hay mentiras y falsedades que resultan siendo más eficaces que la misma verdad (Lepp, 1963, 167).

Como ya lo hemos venido mencionando, para Nietzsche, la invención judía creo “otro mundo” fuera del mundo real, sólo como una proyección de la potencia interior que lo impulsa, y en general el fenómeno religioso es explicado desde ésta perspectiva del proceso inconsciente de la proyección; por eso desde esa imaginaria creación de su proyección, aprendió el hombre a valorar la vida con un fundamento irreal, inexistente que desvirtúa el eficaz valor del mundo real.

Según su proyección el hombre divide en dos esferas los aspectos de su naturaleza: el aspecto débil, “enfermo”, temeroso, humilde pertenece a la esfera propia del hombre; y el aspecto robusto, imponente, fuerte pertenece a la esfera llamada divinidad o Dios (Lepp, 1963, 167).

Lo superior es Dios quien crea al hombre y le infunde un aspecto de su naturaleza, por eso lo débil, “enfermo, cobarde es lo propio del hombre, y todo lo rebosante, altivo potente y dominante pertenece a Dios; esto se ha constituido, para la humanidad, en lo verdadero y lo que se adapte a ésta concepción es lo que tiene valor, es lo valioso para él, pero lo que se salga o no se adapte a tal perspectiva es falso, no es verdad, no sirve, no conviene, no es virtuoso.

Desde ésta perspectiva del “otro mundo” aparente, que existe sólo en la conciencia del creyente, se eleva el valor de lo divino a costa del deterioro de lo humano y natural. El mundo ha perdido su valor, carece de valor, por eso se corre el riesgo de crear nuevos ideales sobre la validez de los valores precedentes; por tanto es necesario destruir los valores dominantes y crear nuevos valores basados en la voluntad de poder, pues “gracias a que se ha hecho consciente de modo analítico que las estimaciones de valor tienen su origen en la voluntad de poder, y la mirada que busca es dirigida a la fuente de nuevas estimaciones de valor si que por ello el mundo ya haya ganado valor” (Heidegger, 1977, 81).

La sobrevaloración del mundo prometido desvirtúa y destruye el valor propio del hombre y de todo lo natural; al atribuir a Dios todas las características de lo fuerte, poderoso, saludable, dominador, el hombre se frustra reservando para sí únicamente las características contrarias de las atribuidas a la naturaleza superior de la divinidad; lo que hay de excelente en él pertenece a Dios que se lo ha concedido por la “gracia”. El hombre es impotente, indefenso, débil y enfermo ante la esfera de la divinidad.

Como hemos dicho la valoración de lo divino se eleva majestuosamente a costa del más funesto deterioro de todo lo puramente humano y natural. Nietzsche cree que toda la moral tradicional impuesta bajo la perspectiva de la absolutez divina, es hostil a la vida y a la naturaleza, pues sus exigencias sólo consiguen someter y

alienar al hombre castrándole sus instintos naturales. Logrando, únicamente el debilitamiento y la destrucción de su potencia interior, de su fuerza de voluntad, de la “voluntad de poder”.

Finalmente y según Heidegger el valor es “por esencia punto de vista”, y en tal sentido el valor como punto de vista, es fundar, es recrear la valoración, es considerar algo como importante; y ese carácter es otorgado con la mirada. Lo que vale, dice Heidegger, no vale por que sea un valor en sí, sino que el valor es valor por qué vale y porque es puesto como algo que tiene valor y justamente porque la mirada le ha puesto ese valor, le ha otorgado ese carácter (Heidegger, 1977, 88).

El valor vale en cuanto punto de vista de quien lo ve, por eso los valores sólo pueden ser condiciones de la voluntad de poder, y tienen carácter de poder en el ejercicio consciente de esa voluntad. Por tanto en cuanto condiciones de esa voluntad de poder, los valores, quedan referidos al hombre; es decir que los valores, como puntos de vista, quedan referidos sólo a la perspectiva humana (Heidegger, 1977, 93).

4.1 LA VOLUNTAD DE PODER.

Quedó dicho ya que para Nietzsche el valor de los juicios y el valor de las cosas debe ser el favorecimiento a la vida; los juicios valorativos deben ser basados, se

deben arraigar en el valor real de las cosas y por eso, así, tanto el valor como las valoraciones deben fomentar y favorecer la vida, deben permitir y promover la vitalidad, la vigorosidad, la salud, el poder, y todo lo que de ello se desprenda, rechazando con firmeza, con dureza todo lo que posea rasgos diferentes.

La vida misma es para mí instinto de crecimiento, de duración, de acumulación de fuerzas, de poder: donde falta la voluntad de poder hay decadencia. Lo que yo asevero es que a todos los valores supremos de la humanidad les falta esa voluntad, -que son valores de decadencia, valores nihilistas los que, con los nombres más santos, ejercen el dominio. (Nietzsche, 1988, 35)

El valor real de las cosas es quien debe determinar las valoraciones o juicios valorativos, pero éste, es decir el valor, a su vez es determinado por la capacidad y potencia de voluntad natural que lleva en sí quien ve, conoce o juzga las cosas.

Desde ésta perspectiva de la voluntad de poder es que se puede entender la doble determinación que Nietzsche hace de ella Si quien juzga pertenece a la línea de las clases descendentes de la vida su capacidad de otorgar valores estará determinada por su condición propia, es decir por la pobreza, la debilidad, el miedo, la enfermedad, la cobardía y en fin por todos los rasgos propios de la vida miserable y apocada, y de tal manera se degenera y destruye la vida. Por eso tanto el valor como los juicios hechos por este tipo de personas no es un valor auténtico, es un “antivalor”, una valoración equivocada de la vida, que niega la vida y no le permite manifestarse en su plena y natural vigorosidad y potencia.

En otras palabras cuando la voluntad se contagia con la compasión se debilita, pierde su vigor, se “enferma” y los valores que salen de ella son igualmente

enfermos; y así es como se degenera y se corrompe la vida. Por eso Nietzsche piensa “que la compasión obstaculiza en conjunto la ley de la evolución que es la ley de la selección, la cual conserva lo que está maduro para perecer, oponiendo resistencia para favorecer a los desheredados de la vida, y por ello con esa acumulación de cosas malogradas le da un aspecto sombrío y dudoso a la vida misma, dándole el nombre de virtud a la compasión”. (Nietzsche, 1988, 35) En cambio, si quien otorga valores a la casta ascendente de la vida, las cosas, el mundo, el hombre, la vida misma recupera su auténtico y natural valor, y se manifiestan como lo que realmente son, permitiendo de tal modo un resurgir y un avanzar impetuoso de la vida que corre y se manifiesta plenamente en todo lo fuerte, altivo e imponente, creando un dominio de salud, belleza y esplendor, es un dominio terrible, elegante y dulcemente cruel.

La voluntad de poder, como dice Heidegger, es en sí misma un poner la mirada en más poder, (mirada como determinadora de valores), por eso los valores en cuanto tales son trayectorias visuales de una determinada voluntad de poder; y en este sentido lo que sucede con el valor y principalmente con la valoración es un ejercicio claro de poder y por tanto las formaciones de dominio son siempre formas de la voluntad de poder (Heidegger, 1977, 90-91).

Es en este sentido la “voluntad de poder” para Nietzsche constituye la potencia y la fuerza natural que el hombre lleva dentro de sí como la manifestación propia de

la vida que lo obliga a actuar, pues ella, por su naturaleza, busca manifestarse en todo momento y sobreponerse a todos los obstáculos, elevándose por sobre todo lo pasivo, lo temeroso y lo débil.

La “voluntad de poder” es la misma voluntad de vivir, es la voluntad libre que fue desacreditada y debilitada, dice Nietzsche, por la imposición reinante de la moral judeo-cristiana que la hizo depender de la responsabilidad, es decir del instinto de “querer castigar – y – juzgar” (Nietzsche, 1988, 68), es decir el invento de la doctrina de la voluntad como fin para castigar, con el propósito de querer encontrar culpables, enseñando que toda acción era querida y que el origen de toda acción estaba en la conciencia; con ello consiguió cambiar totalmente el verdadero sentido de la voluntad.

Por tanto a “nosotros los immoralistas” nos corresponde luchar con todas nuestras fuerzas para expulsar del mundo los conceptos de culpa y de castigo para depurar y liberar la voluntad. (Nietzsche, 1988, 69) Nietzsche está convencido que al ser humano nadie le da sus propiedades, ni sus antepasados, ni Dios, ni la sociedad, somos nosotros mismos quienes le damos sentido y finalidad. A la realidad, dice, le falta la finalidad y nosotros tenemos el poder de inventarla, de crearla. (Nietzsche, 1988, 69)

Conociendo ya lo que hemos presentado de la transvaloración hecha por el ideal judío, y a partir del cual Nietzsche nos propone un regreso a los valores

auténticos, podemos decir aquí que ese volver o vuelta a la naturaleza no es para Nietzsche un simple volver sino más bien un “ascender” a la naturaleza elevada y libre, incluso terrible que tiene derecho y que juega con grandes tareas (Nietzsche. 125), y a partir de ésta idea de la “ascendencia” a la naturaleza es que también se arraiga su concepto de “voluntad de poder”.

Dicha voluntad de poder, como ya lo hemos venido repitiendo es la fuerza, la potencia, la energía natural que hay dentro de cada ser lo cual lo impulsa y lo obliga a actuar con grandeza, con potencia y seguridad, es el impulso interior que lo empuja a saltar por sobre todas las barreras y obstáculos que se presenten en el camino de su existencia; es la capacidad que cada uno lleva dentro de sí, que lo impulsa, lo anima y se manifiesta como la más grande y auténtica prueba de la vida, como expresión de poder, pero no como simple deseo de alcanzar, de tomar poder, sino de sobre potenciación que se alimenta y se complementa a sí misma.

La voluntad de vida, el “desbordante sentimiento de la vida y de la fuerza”, que fue mal interpretado por Aristóteles y por Schopenhauer en su concepto de sentimiento trágico, considerado como rechazo de la vida. Por el contrario, para Nietzsche, ese sentimiento desbordante de la voluntad de vida, es un decir sí a la vida, incluso en sus problemas más extraños y duros; Es una voluntad, una potencia que se regocija de su propia inagotabilidad. (Nietzsche. 1988, 135)

En éste punto podemos recalcar que esa “voluntad de poder” arraigada en el valor real de la vida es lo que debe prevalecer y dominar en el mundo, pues con su potencia destruye y arrasa con todo lo que degenera y empobrece la vida alimentándose de esas mismas ruinas y construyéndose repetidamente, en un jugar libre y ágil, con lo cual genera un nuevo hombre, una nueva humanidad libre, audaz, fuerte y hermosa que se basta a sí misma. Es abrirle paso, “allanar el camino” para la llegada del superhombre, puramente humano, solamente humano, demasiado humano.

Por eso la voluntad de poder es entendida, también, como voluntad de dominio, pero no de un dominio, ya lo hemos mencionado, sobre los demás, sobre el otro, no es un dominar al otro, ni un poder para dominar a los demás, sino que es un poder, una capacidad de dominarse a sí mismo, es un auto dominarse, que logra así liberarse de las seducciones y ficciones de la razón y la moral que empobrecen, debilitan y enferman los instintos naturales propios de la vida saludable.

Finalmente, para Nietzsche, ese sentimiento desbordante de vida y de fuerza que hace del mismo dolor y de la náusea un estímulo; es un poder, una capacidad, una energía, no para “desembarazarse del espanto y de la compasión, ni para purificarse de un afecto peligroso”, sino para un ir más allá del espanto y la compasión siendo nosotros mismos en el eterno placer del devenir.

Ese placer que incluye en sí también el placer del destruir... Y con esto vuelvo a tocar el sitio de que en otro tiempo partí – El nacimiento de la tragedia fue mi primera transvaloración de todos los valores: con esto vuelvo a situarme otra vez en el terreno del que brotan mi querer, mi poder. (Nietzsche, 1988, 136)

La voluntad de dominio o voluntad de poder es un impulso fundamental no racional, es la vida que aspira al mayor sentimiento posible de dominio. Esa fuerza y potencia de voluntad es lo que de más íntimo y profundo existe. La voluntad de poder se constituye como la base de la nueva tabla de valores en el que la vida alcanza su rasgo supremo, alcanza su plenitud.

CONCLUSIONES

Los valores que han prevalecido hasta ahora son valores ficticios, propios de los débiles ya que los instintos de decadencia se han impuesto a los instintos de ascensión. El ideal de esta moral es el imperio de la virtud, es decir hacer al hombre bueno. Este ideal es alienante al convertir al hombre en esclavo de esa ficción. El moralista desprecia los valores del yo, siendo el altruismo la norma suprema de su conducta. Para Nietzsche el altruismo no es otra cosa que una justificación de la decadencia personal.

Una vez descubierto el verdadero origen auténtico de la moral pone en evidencia la equivocación de los investigadores que hasta entonces habían buscado tal origen, y con ello queda en entredicho la fundamentación de la moral que hasta entonces había reinado, mostrándose así que en ella había todo un ideal de mentiras, nacidas de un resentimiento y con lo cual se mantuvo engañada la humanidad.

Ya en este mismo recorrido se muestra que tal engaño fue obra de una raza pobre y humilde que al comienzo servía a los más fuertes, pero que con la ilusión de llegar a ser fuertes idearon una estrategia muy discreta, mediante la cual, vencieron a los fuertes imponiendo sus propias condiciones de vida; y en ello se centra la denuncia de Nietzsche que luego de ponerla en evidencia y denunciarla

sin contemplaciones, propone lo que según él debe hacer de ahí en adelante el hombre, y de lo cual vislumbra, un gran futuro, un nuevo amanecer, un día esplendoroso con un horizonte infinito en el que se levanta rebosante y vigoroso, un nuevo hombre, más fuerte, más bello, más potente, más libre, un superhombre. Pero para llegar a tal horizonte es necesario reconocer la fealdad y la crueldad del proceso con el que evolucionó y se civilizó al hombre. El pasado de la humanidad no fue tan bello y mágico como se ha pretendido mostrar, él mismo se fue construyendo con esfuerzo y crueldad, causándose daño y sufrimiento para diferenciarse y distanciarse de los demás animales.

La moral de los señores se contrapone a la de los débiles y esclavos. Esta nueva moral es una exaltación de los instintos primarios de la vida. La virtud, es interpretada como un estado fisiológico puesto que en toda valoración moral lo que está en juego es la supervivencia del individuo. En la nueva moral debe imponerse la voluntad de la vida, sobre la voluntad de la nada, los instintos ascendentes a los descendentes. Debido a que el hombre es un animal fundamentalmente defectuoso; es como una enfermedad en el universo pues es el único animal que todavía no ha llegado a consolidarse. El vivir humano comporta un grave riesgo; o vencer al hombre mediante la superación o volver a la animalidad primitiva. Esta es la razón fundamental de su defecto. Todos los animales han producido algo superior a ellos, pero el hombre se resiste a

evolucionar, a abandonar los valores del pasado y a dar un nuevo sentido a la humanidad para no convertirse en un ser resentido, buscando siempre su sentido de superación (Teniendo como principal característica la contradicción).

Con este cambio de valores se transformó la historia cambiando la realidad que perdió su valor a cambio de la sobrevaloración de lo aparente y con ello se pierde el verdadero sentido de la vida, anhelando y queriendo, lo que hay después de ella, es decir, la nada, pues según Nietzsche solo la vida es lo existente y verdadero, y lo que se proyecte después de ella son puras ilusiones e imaginaciones, es decir, nada.

Por eso lo que queda es sacar al hombre de ese sueño en el que cree encontrar “otro mundo” para que se dé cuenta que lo único verdadero y lo único que posee, y a lo que puede aspirar es a la vida; es la vida a la cual debemos querer y valorar, es ella a quien debemos favorecer y fomentar mediante el pleno desarrollo de las facultades y del instinto natural, y solo así llegará a superar el atroz engaño al que fue sometido, permitiéndose vivir en el más grandioso y radiante día del triunfo y de la superación humana.

En todo ello se descubre que el mundo aparente se convirtió en el real, es decir, que “el mundo prometido” solo existe en las mentes ilusas, pero sin embargo, terminó por ser aceptado como verdadero y real, despreciándose así lo material, lo físico, lo verdadero, lo corporal, lo real y natural; todo ello perdió su valor frente al

mundo prometido en el cual cree la humanidad que mira con temor y desprecio todo lo natural. Ahora se ve lo natural como algo bajo, sucio, como algo malo, como algo que corrompe, que daña, como algo vulgar, no digno de él; por eso aquellos que aprecian y quieren estas cosas son vistos o considerados como malvados, perversos, ellos son los arrogantes y “pobrecitos que se van a condenar”.

Lo que paso fue que la moral se confundió con la naturaleza y ella en realidad va en contra de la naturaleza; lo que ella hizo fue crear otra naturaleza en la que el mundo verdadero se convierte en una mentira, en una fábula y así se empobrece y se degenera la humanidad, pues está convencida que todo lo grandioso, fuerte, bello, elegante, vigoroso pertenece a otro mundo al cual sólo podrá acceder mediante la represión de sus instintos, y mediante la humildad, la obediencia y la sumisión. Para poder acceder a ese mundo es necesario hacer sacrificios, es esencial mortificarse e impedir la expresión de sus instintos naturales; sus sentidos se pueden corromper con la belleza “aparente” de lo natural, el mundo natural es solo una seducción a la maldad, al pecado y eso le privaría de ir a disfrutar del mundo prometido.

En realidad todo ese pensar es sólo un engaño producto de la alineación y del adormecimiento humano, pues el hombre en realidad es voluntad de querer, de poder. Lo propio del hombre es el espíritu de querer y de poder, somos espíritu

que quiere, somos espíritus famélicos, es decir que sienten hambre, que viven con hambre de poder, de dominio, con deseo de poder. Es un querer constante que nos impulsa a querer y dominar, pero no un simple y vulgar dominar como sometimiento del otro, sino muy por el contrario un poder de dominio sobre sí mismo y sobre el mundo, es un autodomínio que lo eleva al lugar donde se había puesto a Dios, no como lugar imaginario, sino como estado de superación que ejerce poder y dominio sobre todo lo existente, pero ya lo he dicho no para someterlo, sino para no dejarse someter por ello.

Es un estado de elevación, no como un estar fuera de su naturaleza, no como un simple estar por encima y mirar con desprecio, sino como capacidad de ascender en el sentido de progreso, de perfección y de superación. El hombre posee en sí mismo todo el poder, toda la energía, toda la capacidad para dominar el mundo, para dominarse, para vencer.

Por eso, dice Nietzsche que, lo natural en el hombre no es la resignación, no es la sumisión, no es el limitarse así mismo, no es la humillación, ni mucho menos el arrodillarse y rendirse ante las dificultades, ante los obstáculos, ante los misterios, ante lo desconocido y ni siquiera ante sus propias enfermedades.

Lo natural en el hombre, lo propio de sí, lo auténtico de su ser es la capacidad, la potencia para superar todo ello, eso sí, sin desconocer que todo ello existe, que

todas esas dificultades están frente de sí, pero él tiene todo el poder necesario para aceptarlo y superarlo con valentía, con honor y grandeza.

Es una invitación a querer y amar la vida, valorar el medio en el cual se desarrolla. Es una exaltación a lo natural tan contaminado y descuidado por el hombre mismo que destruye la naturaleza sin preocuparse por ella, creyendo que después encontrará otro mundo, otra naturaleza, otra vida. Pero en realidad sólo éste mundo, ésta naturaleza, sólo ésta vida es la que poseemos, es la que nos pertenece, y por eso debemos permanecer fieles a ella, “permanecer fieles a la tierra”, conservando y fomentando lo que hay de más natural y más propio de ella.

Por tanto la preocupación y la motivación última es a valorar y exaltar lo propiamente humano, como ser capaz de dominar el mundo, como ser superior a todos los demás seres que existen en el mundo, para que lo domine, lo gobierne y lo cuide haciéndolo cada vez más grandioso, más perfecto en una dinámica de ascendencia y constante superación siendo más allá de su bien y su mal, con la libertad plena de lo propiamente humano, pero solamente humano y demasadamente humano. La moral de Nietzsche no trata de divinizar al hombre sino de sustituir a su Dios por el súper hombre, ya que el hombre para devenir en súper hombre ha de expulsar en su interior a Dios. De esta forma se convertirá en un ser con poder sobre sí mismo y sobre los demás, tomando conciencia de ser superior. Y por el mismo hecho de tomar conciencia de su poderío, el hombre se

sitúa en una dimensión nueva de la vida, y en consecuencia, en una dimensión nueva del valor: "Valor es la mayor cantidad de poder que el hombre puede arrojar a sí mismo".

BIBLIOGRAFÍA

BIBLIOGRAFÍA BÁSICA

Nietzsche Federico. (1974). Así habló Zaratustra. Barcelona: Editorial Bruguera.

Nietzsche Federico (1948). Aurora. En Eduardo Ovejero y Maury. M. Buenos Aires: Aguilar Editor.

Nietzsche Federico. (1982). Crepúsculo de los Ídolos. Madrid: Alianza Editorial (Pág. 170).

Nietzsche Federico. (2000). El anticristo. Madrid: Alianza Editorial. (Pág. 171).

Nietzsche Federico. (1998). El Ecce Homo. Madrid: Alianza Editorial.

Nietzsche Federico. (1988). La genealogía de la moral. Andrés Sánchez Pascual. Madrid: Alianza editorial. (Pág. 203).

Nietzsche Federico. (1975). Más allá del bien y del mal. Madrid: Alianza Editorial. (Pág. 285).

BIBLIOGRAFÍA COMPLEMENTARIA

Biser, Fink. (1974). Nietzsche y la destrucción de la conciencia cristiana. Salamanca: Ediciones Sígueme.

Buber, Martín. (1985) ¿Qué es el hombre? Bogotá: Fondo de cultura económica

Camps, Victoria. (1992). Historia de la ética. Barcelona: Editorial Crítica.

Chatelet, Francois. (1982). Historia de la filosofía. Madrid: Editorial Espasa-Calpe. vol. III.

Colli, Giorgio. (1988). Después de Nietzsche. Barcelona: Editorial Anagrama.

Deleuze, Guilles. (2000). Nietzsche y la filosofía. Barcelona: Editorial Anagrama.

Fink Eugen. (1969). La metafísica y la muerte. Berlin.

Fonseca Labrada y H, Eduardo. (1984). Moral, sociedad y antropología en Nietzsche. Editorial Concordia.

Foucault, Michel. (1991). Microfísica del poder. Madrid: La Piqueta.

Foucault, Michel. (1994). Estética, ética y hermenéutica. Barcelona: Obras esenciales. Paidós. vol. III.

Heidegger, Martín y Nietzsche. (1977). 125 Años. Bogotá: Temis Editor.

Jasper, Karl. (1963). Nietzsche. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.

Klossowski, Pierre. (1972). Nietzsche y el círculo vicioso. Barcelona: Editorial, Seix Barral.

Kung, Hans. 1979. ¿Existe Dios? Respuesta a la pregunta de Dios en nuestro tiempo. . Madrid: Editorial Cristiandad.

Lefebvre, Henry. (1975). Nietzsche. México: Fondo de cultura económica.

Lepp, Ignace. (1963). Psicoanálisis del ateísmo moderno. Buenos Aires: Ediciones, Carlos Lohlé.

Nietzsche, Rudiger y Safranski. (2001). Biografía de su pensamiento. Barcelona: TusQuets Editores.

Ortega y Gasset. (1941). Historia como sistema. Barcelona.

Poole, Ross. 1993. Moralidad y modernidad. Barcelona: Editorial Herder.

Savater, Fernando. (1995). Idea de Nietzsche. Bogotá: Editorial Roca.

Savater, Fernando. (1978). Conocer Nietzsche y su obra. Barcelona: Editorial Dopesa.

Vattimo, Gianni. (1996). Introducción a Nietzsche. Barcelona: Editorial Península.

